

AMÉLIE NOTHOMB

---

*Riquete  
el del Copete*



ANAGRAMA  
Panorama de narrativas

## Índice

Portada

Riquete el del Copete

Créditos

Notas

Encinta por primera vez a los cuarenta y ocho años, Énide esperaba el parto como otros esperan en la ruleta rusa. Sin embargo, se alegraba de aquel embarazo que llevaba tanto tiempo deseando. Cuando quiso darse cuenta, ya estaba en el sexto mes.

–¡Pero, señora, si ya no le venía la regla! –le dijo el médico.

–A mi edad, me parecía normal.

–¿Y las náuseas y el cansancio?

–Nunca he tenido buena salud.

Al médico no le quedó más remedio que admitir que el tamaño de su barriga, apenas redonda, tampoco era muy significativo. Énide pertenecía a esa generación de mujeres tan pequeñas y gráciles que nunca acaban de parecer mujeres y pasan brutalmente del estado de adolescentes al de jovencitas viejas.

Aquella mañana, en el hospital, a Énide le temblaban las rodillas. Sentía que se avecinaba una catástrofe y que no podía hacer nada para evitarla. Su marido la cogía de la mano.

–No voy a conseguirlo –dijo ella.

–Todo irá bien –la animó él.

Pero no se lo creía en absoluto. Durante su embarazo, Énide no había engordado ni un gramo. Le aseguraron que el bebé vivía en su vientre. Pero había que ponerle mucha imaginación para creerlo.

El médico anunció que practicaría una cesárea. Era la única posibilidad. A los esposos les tranquilizó saberlo.

Ya sabían que era un niño. Énide lo consideró un regalo de los dioses y quiso llamarlo Déodat.

–¿Y por qué no Théodore? Significa lo mismo –dijo su marido.

–Los mejores hombres del mundo llevan un nombre acabado en «at» –respondió ella.

A Honorat no le quedó más remedio que sonreír.

Cuando los padres vieron al bebé por primera vez, cambiaron brutalmente

de universo. Parecía un anciano recién nacido: con arrugas por todas partes, los ojos apenas abiertos, la boca hacia adentro; era repulsivo.

Petrificada, a Énide le costó recuperar algo de voz para preguntarle al médico si su hijo era normal:

–Está perfectamente, señora.

–¿Y por qué tiene tantas arrugas?

–Está un poco deshidratado. Eso se arregla enseguida.

–¡Pero es tan pequeñito, y tan delgado!

–Se parece a su madre, señora.

–Venga, doctor, pero si es horrible.

–Sabe usted, nadie se atreve a decirlo pero los bebés casi siempre son feos. Le aseguro que este me causa una buena impresión.

Una vez solos con su hijo, Honorat y Énide se resignaron a quererlo.

–¿Y si lo llamáramos Riquete el del Copete? –sugirió ella.

–No. Deódat es perfecto –dijo el padre primerizo sonriendo animoso.

Por fortuna, tenían poca familia y pocos amigos. No obstante, tuvieron que soportar visitas en las que la buena educación no logró disimular la consternación. Énide se fijaba en el rostro de quienes veían a su pequeño por primera vez: y lo pasaba fatal al constatar cómo se estremecían de repulsión. Tras un martirizante silencio, los visitantes se aventuraban a proferir comentarios de torpeza variable: «Es el vivo retrato de su bisabuelo en el lecho de muerte.» O: «¡Menudo cabezón! En fin, para un niño no es tan grave.»

Pero la que llegó más lejos fue la malvada tía Épziba:

–Pobre Énide, ¿te estás recuperando bien?

–Sí. La cesárea fue muy bien.

–No, me refiero a si te estás recuperando de haber tenido un hijo tan feo.

Destrozados, los padres regresaron a su casa y se enclaustraron allí.

–Querido –le dijo la madre a Honorat–, júrame que no recibiremos más visitas.

–Te lo juro, mi amor.

–Espero que Déodat no haya notado nada de la amargura y la maledicencia de toda esta gente. Es tan bueno... Ha intentado mamar y al ver que no lo conseguía me ha sonreído, como si quisiera decirme que no importaba.

«Está perdiendo el juicio», pensó el padre. Énide siempre había sido de una

fragilidad extrema, tanto física como psicológica. Con quince años la habían expulsado de la escuela de ballet de la Ópera de París por un motivo hasta entonces insólito en la historia de la institución: exceso de delgadez. «No sabíamos que fuera posible», sentenció la examinadora.

Al medir un metro cincuenta, la joven no podía soñar con convertirse en modelo. Había logrado sacarse el bachillerato por los pelos. La principal razón por la que los profesores le habían concedido el título era porque apostaban por su carrera como bailarina principal.

Énide no se atrevió a anunciarle a su familia que había fracasado y cada mañana iba a las escaleras de la Ópera y se quedaba sentada allí, postrada hasta el anochecer. Fue allí donde Honorat, por aquel entonces aprendiz de cocina de la escuela de danza, se fijó en ella. Aquel chico de diecisiete años, de cuerpo y mente esféricos, se enamoró con locura de aquella criatura indefensa.

–Podrías encontrar algo mejor que una candidata al suicidio –le había dicho ella.

–Cásate conmigo.

–No doy la talla.

–Entre los dos la damos.

Como tampoco tenía ningún otro destino que cumplir, la chica acabó aceptándolo. Por lo que respecta a la boda, el Código Napoleónico seguía vigente entonces: la edad mínima era de quince años para las chicas y de dieciocho años para los chicos. Tuvieron que esperar un año y los dos adolescentes se casaron en la iglesia de Saint-Augustin.

Fueron muy felices. Énide fue la primera sorprendida al comprobar que no tardaba en enamorarse con locura del chico esférico. Su bondad y su paciencia a toda prueba la impresionaron. Ascendió rápidamente en el escalafón y se convirtió en jefe de cocina de la escuela de ballet. Las alumnas más jóvenes no dejaban de instarle a que utilizara menos mantequilla y nata en sus platos, por más que Honorat les jurase que hacía mucho tiempo que había dejado de comprar esos ingredientes.

–Y entonces, ¿por qué la comida está tan rica? –se sublevaron las jóvenes bailarinas.

–Porque la preparo con amor.

–¿El amor engorda? ¡Usted es muy esférico!

–Es mi naturaleza. Pero fijaos en mi esposa y comprobaréis como el amor adelgaza.

El argumento era falaz, ya que Énide siempre había sido la delgadez personificada. Pero sirvió para tranquilizar a las alumnas, que aceptaron al cocinero por abrumadora mayoría.

Se esfumaron más de treinta años en un ambiente de felicidad tan absoluta que los enamorados apenas se dieron cuenta de que pasaban. A la esposa solía entristecerle no haber tenido hijos. Honorat la consolaba diciéndole: «Nosotros somos nuestros hijos.»

En efecto, vivían como críos; desde que salía de la cocina, él se apresuraba a reunirse con su mujer. Juntos jugaban a las cartas o al parchís. Cuando la feria se instalaba en el Jardín de las Tullerías, pasaban horas y horas allí. La caseta de tiro era su preferida, por más que ambos fueran los tiradores más ineptos del mundo. Cuando se sentían mareados de haber dado demasiadas vueltas en la noria y haberse hartado de algodón de azúcar, regresaban a la Ópera dando un paseo cogidos de la mano.

Énide no tenía muy buena salud, pero tampoco hubiera sabido qué hacer con ella. Sus enfermedades, de una elegante inocuidad, eran celebradas como las de los niños. Honorat le llevaba a la cama una bandeja con tostadas con mermelada de arándanos y té ligero. Luego recogía la bandeja y se acostaba a su lado estrechándola contra sí. Su cuerpo mullido absorbía los sudores de la enferma o los miasmas de la tosedora. Desde la ventana de su habitación bajo las buhardillas de la Ópera, contemplaban un París que, solo para sus ojos, no había cambiado desde Cocteau. No todos tienen la suerte de poder ser *enfants terribles*.

El nacimiento de Déodat significó un brutal aterrizaje. Haciendo de la necesidad virtud, se convirtieron en esa clase de adultos a los que llamamos padres. Haber sido niños durante mucho más tiempo que la media jugaba en su contra: conservaron la costumbre de levantarse cada mañana pensando en pasarlo bien antes que nada. Siempre era Honorat el que se acordaba en voz alta: «¡El niño!»

Consciente de ser motivo de decepción, el bebé procuró ser discreto desde el principio. Nunca se le oía llorar. Incluso cuando estaba hambriento, esperaba pacientemente el biberón y lo succionaba con el goloso éxtasis de un místico. Como a Énide le resultaba difícil disimular el espanto que le inspiraba su rostro, enseguida aprendió a sonreír.

Ella se lo agradeció y lo quiso más por ello. Su amor fue tanto más intenso por cuanto temía no sentirlo: se dio cuenta de que a Déodat no le había pasado por alto la repugnancia que ella sentía, y que la había ayudado a superarla.

–Nuestro hijo es inteligente –declaró ella.

Tenía razón: la criatura poseía esa forma superior de inteligencia que deberíamos denominar «sentido del otro». La inteligencia clásica rara vez incluye esta virtud, comparable a la facilidad para los idiomas: los que la tienen saben que cada persona constituye un lenguaje específico y que es posible aprenderlo a condición de asimilarlo con la más extrema meticulosidad del corazón y de los sentidos. Esa es también la razón por la cual proviene de la inteligencia: se trata de comprender y conocer. Los inteligentes que no desarrollen este acceso al prójimo se convertirán, en el sentido etimológico del término, en idiotas: seres centrados en sí mismos. La época actual rebosa de idiotas inteligentes y la sociedad consigue que echemos de menos a los entrañables imbéciles de antaño.

Toda inteligencia es también capacidad de adaptación. Déodat supo adaptarse a un entorno poco inclinado a la bondad hacia los horrores de la naturaleza. Que nadie se confunda: Énide y Honorat eran buenas personas. Pero lo cierto es que nadie está dispuesto a aceptar la fealdad, y más aún si afecta a su descendencia. ¿Cómo soportar que un momento de amor tenga como consecuencia el siempre renovado impacto de lo monstruoso? ¿Cómo tolerar que una unión tan exitosa acabe desembocando en una jeta tan grotesca? Semejante absurdidad solo puede asumirse como un accidente.

Incluso antes de haber alcanzado el famoso estadio del espejo, el bebé ya fue consciente de ser muy feo. Lo leyó en la sensible mirada de su madre, e incluso en la plácida mirada de su padre. Y lo supo todavía más por cuanto su fealdad no procedía de sus padres: no la había heredado ni de su hermosa madre, ni de su padre de rosadas facciones, paradoja insoportable expresada por Énide en los siguientes términos: «Querido, tienes más cara de niño tú a

tus cincuenta años que nuestro pobre pequeño.» A los labios de Énide solía asomar la expresión «pobre pequeño».

Todos los bebés están solos, y él lo estaría aún más que los otros, abandonado a su suerte en aquella cuna que constituía todo su universo. Le gustaba la soledad: sin más compañía que su propia presencia ya no tenía que lidiar con la conmiseración y podía entregarse de lleno a la embriaguez de explorar su mente. Allí descubría paisajes tan extensos y hermosos que muy pronto aprendió el noble impulso de la admiración. Podía moverse por él a voluntad, cambiar los puntos de vista y escuchar el sonido que en ocasiones surgía del infinito.

Se trataba de un viento que soplaba con tanto ímpetu que por fuerza tenía que venir de muy lejos. Su violencia le hacía desmayarse de placer, contenía retazos de un lenguaje desconocido que Déodat comprendía en virtud de su don para escuchar, y que decía: «Soy yo. El que vive soy yo. Recuerda.» Era un sonido profundo que recordaba al de una bañera vaciándose y provocaba en él una sensación de miedo que era pura delicia. Una delicia cubierta por un velo tan negro que eliminaba cualquier resquicio de luz. Y entonces el juego consistía en dejarse invadir por la inmensidad de la nada. Salir victorioso de semejante prueba le llenaba de orgullo y satisfacción.

Y entonces las cosas reaparecían paulatinamente: Déodat veía cómo emergían de la nada las primeras parcelas de existencia, un protozoo con el que jugaba y que se unía a un circuito de colores, disfrutando de cada color en su fase primitiva, de la suavidad del azul, la riqueza del rojo, la malicia del verde, la potencia del amarillo, y, al tocarlos, sentía un exquisito escalofrío.

Constataba que casi siempre se trataba de visiones y sospechaba que existían otros medios de exploración. Pero examinaba lo que tenía a su alcance y, a su manera, se daba cuenta de que había sido generosamente proveído. Aprendió a probar el sabor ligeramente salado de sus dedos y de su almohada, que su saliva convertía en algo dulce como la leche. Y, cuando deseaba contrastes mayores, se adentraba en su pañal y producía una espesa y tibia materia de un olor muy fuerte: se sentía ferozmente orgulloso. Las puertas se abrían y accedía a un reino del que era el único dueño.

Allí reinaba el amor, que nunca se disfrutaba tanto como estando solo.

Aquel desencadenamiento no iba dirigido a nadie en particular: ese amor sin objeto no implicaba preocupación alguna y le permitía entregarse a la voluptuosidad más colosal que uno pueda imaginar. Bastaba con precipitarse dentro de aquel filtro para, en el acto, verse transportado hacia un lugar en el que no existían ni el tiempo ni el espacio, solo la infinitud del placer.

Siempre llegaba un momento en el que aparecía un rostro: alguien se preocupaba por él y tenía que regresar a la realidad. Déodat había observado que la sonrisa constituía una buena respuesta a la inexorable demanda paternal y no se privaba de practicarla.

Cuando el bebé estaba solo, nunca sonreía. No necesitaba llamar la atención de sí mismo respecto a su propia satisfacción. La sonrisa tenía que ver con el lenguaje, o, para ser más exactos, con la forma de lenguaje dirigida a terceros. Porque también existía un lenguaje interior, ajeno a la información, que solo servía para aumentar el éxtasis.

Hay que reconocer que en presencia de sus padres este propósito perdía calidad. Tenía que ponerse a su nivel, o, peor aún, al nivel que ellos le atribuían. Nos movíamos en la fantasía infantil. Pero Déodat quería a su padre y a su madre y aceptaba sus reglas.

Énide se apoderaba de su cuerpo y lo acurrucaba en su seno. Él escuchaba las palabras de amor que surgían del pecho materno. Le cambiaba el pañal y lo felicitaba por su contenido. Eso le ratificaba en la idea de haber culminado una obra admirable. Le limpiaba el culo y él se retorcía de placer. Le aplicaba ungüentos de un frescor delicioso y le ponía un nuevo pañal. Derritiéndose por tanto placer, el pequeño permanecía con la boca entreabierta.

–Debe de tener hambre –observaba Honorat–. Voy a prepararle el biberón.

Déodat era consciente de que su físico suponía un problema para sus padres y se había negado a contraer las intolerancias alimentarias que pueden permitirse los niños guapos. Se tomaba su biberón de leche de vaca sin rechistar. «Como un buen chico», le decían.

Luego lo dejaban en su parque. A él le gustaba ese lugar por una razón muy simple: no tenía que compartirlo. Aunque quería profundamente a su padre y a su madre, también había observado que prefería quererlos a cierta distancia: su sentimiento salía ganando. Cuando Énide lo tomaba entre sus brazos, el exceso de placer estropeaba parte de su amor. A salvo en su parque, analizaba

su exaltación reviviéndola a través del recuerdo y sentía desplegarse en su interior la embriaguez de la efusividad. La revivía tanto más por cuanto podía observar a la dama de sus pensamientos sin que le mirara: ella iba de aquí para allá, pasaba la aspiradora, leía. Pero él nunca la quería tanto como cuando le ofrecía su presencia sin la angustia de su atención.

Déodat también quería a Honorat, aunque con un amor distinto, que procedía más de la cabeza que del resto del cuerpo. En brazos de su padre experimentaba una agradable transacción de afecto y de estima. Apreciaba que con él no se produjeran grandes efusividades: habría resultado incómodo. Sentía que aquel hombre era ajeno a la ansiedad materna y le agradecía tanto su solidez como su equilibrio.

Un día se produjo un acontecimiento: el bebé descubrió que existían otras personas en el universo. Énide había abierto la puerta y había aparecido un ser del mismo sexo que su padre, pero de complexión más imponente y voz más grave. Su madre no pareció sorprenderse con aquella aparición.

–Deje la compra en la cocina –dijo ella.

El individuo traía un número considerable de botellas de agua. Y se marchó de inmediato.

Déodat se quedó pensando. Si semejante irrupción no había logrado llamar la atención de su madre, significaba que la presencia de aquella persona no le resultaba extraordinaria en absoluto. Se esforzó en retrotraerse hasta un lejano lugar de su cerebro; por más inaccesibles que fueran aquellas tinieblas, percibió algunas sombras que confirmaron la siguiente atrocidad: su padre, su madre y él no estaban solos en el mundo. Cuando Robinson se dio de bruces con Viernes la sorpresa debió de ser parecida.

Más tarde oyó una conversación entre Honorat y Énide:

–Son terribles. Por más que les jure solemnemente que no añado ni una pizca de materia grasa a sus platos, ellas desconfían hasta el punto de apenas probar bocado.

–¿Quieres que vuelva a hacer acto de presencia para tranquilizarlas?

–Quizá tengas que hacerlo. Pero estoy más que harto de esta era de sospechas de esas niñas anoréxicas.

Fue así como la criatura obtuvo la confirmación de que el universo también

lo habitaban otros individuos del mismo sexo que su madre. Sintió que aquel diálogo implicaba toda una serie de informaciones anexas, pero decidió posponer su comprensión.

El lenguaje que utilizaban sus padres no le planteaba demasiados problemas. Cuando emergía un conjunto de sonidos desconocidos, su significado no tardaba en revelarse. Y sucedió que la dama de sus pensamientos se dirigió a él señalándolo con el dedo y pronunciando de un modo anormalmente claro:

–Mamá. Ma-má. Mamá.

Él pensó que llevaba mucho tiempo sabiendo su nombre. ¿Acaso podía dudar? ¿Acaso pensaba que era idiota?

Lo levantó hasta la altura de su cabeza y le repitió:

–Mamá. Ma-má.

Tenía aquella boca a la altura de los ojos y asistía al espectáculo de los labios articulando las sílabas. Resultaba aterrador y absurdo. ¿Por qué lo hacía?

Sin embargo, sin siquiera ser consciente de ello, el mimetismo propio de su edad le impulsó a imitar sus muecas y, para su consternación, oyó cómo salía de su boca un «mamamá» ajeno a su voluntad.

–¡Sí, mi bebé! ¡Sí, mi bebé! –exclamó Énide al límite de la alegría–. ¡Bravo!

Le cubrió las mejillas de besos voraces. Parecía aún más entusiasmada que cuando descubría la más hermosa de sus cacas. Déodat consideraba incongruente aquella escala de valores.

De regreso en su parque, analizó los hechos con inquietud. Su madre deseaba que hablara. ¿Por qué? ¿Qué tenía que decir? ¿Qué quería que dijera?

La demanda había sido clara. Ella había intentado que pronunciara su nombre. Así pues, pronunciar el nombre de alguien con el que tenías algo que ver debía de constituir un ritual importante. Déodat ya había observado conductas parecidas en la vida de los mayores. Tenía que acordarse de llamar «papá» a papá para no herir sus sentimientos.

Puede que a su mamá también le hubiera gustado comprobar si su aparato fonatorio funcionaba. Algo de eso debió de suceder. Todas las personas que había visto hacían ruidos con la boca, pero él nunca había producido ninguno.

Recordaba haber escuchado cómo a Énide le asombraba su silencio y cómo añadía que nunca lloraba. A veces ella sí lloraba. Entonces él se la quedaba mirando con una intensidad extrema y ella le decía: «¡Es el mundo al revés! ¡Es el bebé el que quiere consolar a su madre! ¡Eres tú quien debería llorar!» ¿Por qué tendría que llorar?

Llorar parecía guardar relación con el dolor. Hasta donde podía comprender, su madre lloraba cuando sufría. Él no llegaba a discernir si se trataba de un síntoma o de un lenguaje en sí mismo. Aun así no experimentaba dolor, e incluso dudaba de su capacidad para llorar: aunque lo había intentado cuando estaba solo, ninguna lágrima asomaba a sus ojos.

Honorat acababa de llegar a casa. El niño se acordó de la misión que se había encomendado y exclamó: «Papapa.» Como si lo hubiera alcanzado un rayo, el padre se quedó paralizado y acabó diciéndole:

–¡Estás hablando!

–Sí, a mí me ha llamado mamá –intervino Énide para subrayar que ella tenía prioridad.

Tomó a su hijo en brazos y lo cubrió de besos:

–¡Bravo, querido! Ahora por fin sabremos lo que pasa dentro de tu cabecita.

Ah. Así que era eso. Querían que hablara para saber qué ocurría dentro de su cabeza. ¿Para eso servía hablar? No. Cuando las personas hablaban, decían: «¿Dónde dejo esto, señora?», o: «Esta noche cenaremos pasta.» Pero de él esperaban ese particular uso del lenguaje. Sin duda en el interior de su cabeza sucedían acontecimientos especiales, pensamientos prodigiosos que él producía cuando estaba solo. Quizá fuera por eso por lo que le dejaban tan a menudo en esa soledad tan deseada: eran conscientes de que la necesitaba para dedicarse a la profundidad.

El niño llegó a la conclusión de que los demás conocían su diferencia: él era el elegido cuya cabeza albergaba una actualidad indispensable. Dentro de la cabeza de las demás personas no existían esos fulgores e inmensidades. Y extrañamente estaban avisados. ¿Cómo? Habría que aclararlo. No había que descartar que los mayores tuvieran poderes de los que él –¿todavía?– no había sido dotado.

Por otra parte había observado que era mucho más pequeño que las demás

personas a las que veía. Eso le intrigaba. ¿Se trataba de una discapacidad? Decidió que no. Eso propiciaba que sus padres le cogieran en brazos, y a él le gustaba que le levantaran, sentirse acurrucado en su regazo. Su pequeñez le daba acceso a ciertos privilegios: si quería un objeto fuera de su alcance, solo tenía que extender las manos y emitir un sonido y se lo traían. La adquisición del lenguaje perturbó ligeramente ese procedimiento: en adelante deseaban que dijera el nombre de la cosa en cuestión. A Déodat esa manía le parecía bastante estúpida, pero cuando obedecía y pronunciaba «panda» o «cuchara», el entusiasmo suscitado le solazaba.

–Habla bien, ¿verdad? –decía Énide.

–Pronto pronunciará frases enteras.

El bebé se preguntó en qué medida una frase representaba un progreso. Era un lío que lo complicaba todo sin motivo. Sin embargo, le convenía seguirles la corriente, así que pronunciaría una frase entera, más aún teniendo en cuenta que se sentía ofendido por que dudaran de su capacidad para hacerlo. Reflexionó respecto a qué enunciado elegir y optó por la amabilidad:

–Mamá, este vestido te queda bien.

Enseguida se dio cuenta de que había ido demasiado lejos: su madre dejó caer el vaso, que se rompió en mil pedazos contra el suelo, e, indiferente al drama, corrió a coger el teléfono y se puso a repetir frenéticamente al auricular:

–¡Ha dicho: «Mamá, este vestido te queda bien»! ¡Te lo juro! ¡Con trece meses! ¡«Mamá, este vestido te queda bien»! ¡Es un superdotado! ¡Un niño prodigio! ¡Un genio!

Tardó una hora en acordarse de recoger los cristales rotos cuando en una situación parecida por lo general habría ido a buscar el aspirador de inmediato. Luego lo cogió en brazos y le preguntó:

–¿Quién eres tú, ricura?

–Déodat –respondió él.

–¿Sabes tu nombre?

Pues claro. No era ningún retrasado.

Fue entonces cuando Énide cometió un acto inédito: llevó al niño ante una vasta y resplandeciente superficie en la que se la veía a ella abrazando un juguete de rostro grotesco. Al darse cuenta de su perplejidad, ella sujetó la

mano del bebé y la movió. Gracias a aquella simultaneidad, Déodat comprendió la identidad del juguete. Se sintió oprimido: así que eso era él. Tomó conciencia de su fealdad sin que nadie se la explicara. Su rostro desprendía un horrible misterio que empeoró desde el preciso momento en que se dio cuenta de a quién correspondía. Sus rasgos se crisparon en una mueca oscilante y, antes de que pudiera analizar la situación, un grito emergió de su boca, un líquido brotó de sus ojos, su vista se enturbió y unas convulsiones se apoderaron de él.

—¡Estás llorando! —exclamó su madre.

Él no quiso interpretarlo como un fenómeno triste. No podía creer que su fealdad le acabara de ser revelada. «Es la emoción de la fase del espejo», pensó.

—Está bien, hijo mío. Lloro.

De un tiempo a esta parte se viene sosteniendo que la fealdad tiene un origen cultural y que la cultura nos habría inculcado el considerar bellas o feas a las personas, los animales o las cosas. Se confunde la esencia con el detalle. Si bien es cierto que es la cultura la que define las variaciones de lo bello en función de las épocas y de los lugares, la idea de belleza es anterior. Nacemos con esa obsesión, hasta el extremo de que los niños se sienten naturalmente atraídos por las personas bellas y repelidos por las feas.

En su entorno Déodat solo había conocido el hermoso rostro de su madre y la amable cara de su padre. Por primera vez descubría que un rostro podía transmitir horror; y, en ese mismo instante, tomó conciencia de que se trataba del suyo. Él, que creía ser el elegido, se veía convertido en el reverso de dicha elección, a no ser que eso constituyera la razón secreta. Incluso si aquella cosa no hubiera sido él, habría gritado de horror. Pero que fuera él le abría un inagotable depósito de sufrimiento en el pecho.

Énide volvió a dejar al bebé, deshecho en lágrimas, en el parque. Y allí se produjo el milagro. Déodat intuyó que no había que reprocharle nada a nadie. Toda criatura que vive un trauma así de cruel debe enfrentarse a un oscuro dilema: o decide odiar al universo por haberle reservado un lugar tan injusto o decide convertirse en objeto de compasión para la humanidad. Son muy pocos los que optan por la estrecha puerta de la tercera vía: asumir la injusticia tal

como es, ni más ni menos, sin extraer de ella ningún sentimiento negativo. No negar el dolor de su condición pero tampoco sacar estrictamente nada de ello.

Aún siguió llorando durante un largo rato para asimilar el impacto, pero lo peor ya había pasado. Dentro de su cabeza, una intensa voz le decía: «Soy repelente, eso es todo. Eso no significa que, además, no sea también todo lo que soy, el que es capaz de ver en su cerebro paisajes cautivadores, el que se alegra de existir, el que conoce la inteligencia y la voluptuosidad y el que puede sentirse infinitamente feliz por el simple hecho de constatarlo.»

A veces los malentendidos entre padres e hijos son una bendición: si Énide hubiera comprendido el significado de los llantos de su bebé, habría intentado consolarlo y le habría repetido cosas hermosas y amables que no solo no le habrían ayudado sino que le habrían hundido: «No eres feo, eres diferente, no es grave, te quiero tal como eres.» Por fortuna, no pronunció ninguna de esas palabras fatídicas y Déodat pudo lidiar con la terrible verdad e inventarse un excelente *modus vivendi*.

El sufrimiento y la injusticia siempre han existido. Con las mismas buenas intenciones que cimientan el infierno, la época moderna ha secretado atroces pomadas verbales que, en lugar de curar, extienden la superficie del mal y producen una especie de irritación permanente en la piel del desdichado. A su dolor se le añade una nube de mosquitos.

Aquel día Honorat le regaló a su esposa un ramo de lirios blancos: ella se conmovió tanto que no pensó en contarle a su marido el acontecimiento del espejo y las lágrimas, y eso evitó que su padre se viera obligado a pronunciar palabras desafortunadas. Hacía calor. El perfume de los lirios adquirió una dimensión incomparable y llegó hasta la nariz de la inocente criatura. Él se entusiasmó por ello e intuyó un amor diferente al que sentía por su madre: un amor distinto, desmesurado, que nacería a la vista de la belleza más extrema, y cuyo hechizo le embriagaría como la fragancia de las flores.

El padre, que se había quedado en la celebración de la primera frase, le hizo notar a su mujer: «Tiene razón. Este vestido te queda bien.»

Énide recordó bruscamente la declaración de su hijo. ¿Por qué la había olvidado? ¿Qué había ocurrido? El recuerdo de las lágrimas y del espejo

desfiló por su cabeza, pero decidió que aquello no merecía ocultar el bautismo de la primera frase.

Déodat fue aupado y aclamado por Honorat, que le llamó «pequeño genio».

–¿Por qué? –preguntó el bebé.

Estupefacción de los padres. «¡Ha dicho “por qué”! ¡Ha dicho “por qué”!»

El niño comprendió que tenía que cuidar a su padre tanto como a su madre: los miembros de esta especie se extasiaban por cualquier cosa.

En la otra orilla del Sena, a escasa distancia de la estación de Austerlitz, una joven pareja recién instalada trajo al mundo a una niña. El padre se llamaba Lierre, la madre se llamaba Rose. A su hija la llamaron Trémière.

–¿Están seguros de ese nombre? –preguntó la enfermera.

–Sí –dijo la madre–. Mi marido lleva el nombre de una enredadera y yo el de una rosa. Una rosa que se enreda es una malvarrosa.<sup>1</sup>

Ante tanta determinación, la enfermera escribió Trémière en la pulsera. En el momento de atársela a la muñeca, miró el rostro de la pequeña y no pudo impedir exclamar:

–¡Qué hermosa eres!

Trémière no tenía el arrugado y enrojecido rostro de los recién nacidos: su cabeza era lisa y blanca como una flor de algodón, ninguna convulsión alteraba sus rasgos de muñeca de porcelana.

Las personas que acudieron a efectuar su visita de cortesía a la maternidad cayeron rendidas a sus encantos de inmediato:

–¡Habéis hecho un buen trabajo! –les dijeron a los padres, maravillados ante un éxito tan fácil.

Solo algunos inoportunos se quejaron de su nombre, pero siempre acababan llegando a la misma conclusión:

–¡Qué más da! Es tan guapa que cualquier nombre le quedaría bien.

Lierre era creador de videojuegos. Rose dirigía una galería de arte en el nuevo barrio de moda de Chevaleret. Tenían veinticinco años, y muy poco tiempo para dedicarle a su bebé. Un mes después del parto, la joven madre regresó a su trabajo y le confió la niña a su madre, que vivía en una ruina suntuosa en Fontainebleau.

–¿Estás segura de que es una buena idea? –le preguntó Lierre.

–Allí fue donde crecí yo, educada por mi madre –respondió Rose.

–Pero entonces ni la casa ni tu madre estaban tan ruinosas.

–Le deseo a mi hija una infancia tan mágica como la que tuve yo.

La madre de Rose se llamaba Passerose, un sinónimo de malvarrosa. Se enamoró de su nieta a primera vista.

–No creía que fuera posible ser todavía más guapa que Rose –le dijo a la chiquilla.

Nadie sabía qué edad tenía Passerose. Aquel enigma reforzaba la idea de que provenía de una época radicalmente distinta, en la que no existían documentos de identidad y en la que las chicas de dieciséis años dudaban entre la carrera de hada o la de bruja. Passerose parecía no haberse inclinado por ninguna de las dos, ya que tenía cosas tanto de hada como de bruja.

Rose nunca conoció a su padre, ni siquiera supo su nombre. Cuando le preguntaba a su madre sobre esta cuestión, solo conseguía una respuesta:

–Le quería. Murió en la guerra.

–¿Qué guerra? Cuando yo nací los franceses no estaban en guerra.

–Los franceses siempre están en guerra en alguna parte.

–Háblame de él.

–No puedo. Fue un amor demasiado grande.

A veces Rose sospechaba que Passerose se lo había inventado. Aunque eso no quitaba que vivieran en un palacio que les había sido legado por ese padre y cuya propiedad no les reclamaron jamás.

Hija única, Rose había pasado infinidad de tardes en un desván babilónico hurgando en los cofres e imaginando un linaje real. Allí había cartas de amor dirigidas a su madre, a cuál más sublime, con firmas indescifrables y múltiples caligrafías. La pequeña se preguntaba si los remitentes eran varios o un único hombre que hubiera sentido por Passerose todas las formas posibles de amor. No encontró ningún retrato: todas las huellas eran escritas.

El misterioso padre no había dejado demasiado dinero.

Para no morir de hambre, Passerose se inventó su condición de quiromántica. Los clientes llegaban a esa increíble casa que se venía abajo durante las sesiones de videncia; la médium nunca dejaba de declarar que se trataba de una señal. Y la creían. La ambientación tenía algo de obra maestra: ellos acudían a un pequeño y ruinoso salón, eran recibidos por una mujer de expresión inextricable, tan hermosa como fea, tan joven como vieja, tan amable como terrible, que les invitaba a sentarse y les tomaba la mano con la misma delicadeza con la que pasaría las páginas de un incunable. Se quedaba mirando largo rato, con aire doloroso, la palma de aquel a quien esa lentitud angustiaba y acababa prediciendo unos acontecimientos extremadamente

positivos mientras un panel del edificio se venía abajo. Siempre acababa sus sesiones con la misma fórmula:

–Está usted protegido.

La persona pagaba y ponía pies en polvorosa por miedo a que el oráculo cambiara de opinión.

A veces Rose le preguntaba si le divertía burlarse de los demás.

–¿Y quién te dice a ti que me burlo de ellos?

–Te he estado observando, escondida detrás de las cortinas. Se nota que les dices lo primero que se te ocurre.

–Para ser más exactos, abro la boca y escucho lo que va saliendo de ella. Ignoro de qué región de mi ser proviene lo que digo.

–Mamá, ¿tus profecías se cumplen?

–Ni idea. Nunca he recibido reclamaciones. Y como solo anuncio felicidad y triunfos, proporciono placer.

–Eso no es demasiado honesto.

–No estoy de acuerdo. El cien por cien de mis clientes se marchan satisfechos.

–¿Y a mí me leerías la mano?

–¿A mi propia hija? Me basta tu rostro para afirmar que tienes un gran porvenir por delante.

Passerose trabajaba de noche: si hubiera tenido que pagar impuestos, no habría podido conservar el palacio. En la escuela, en la casilla «profesión de los padres», Rose escribía «padre fallecido, madre viuda». Le avergonzaba más el pleonasma que la naturaleza del empleo declarado. Enternecidos por su condición de huérfana, sus maestros siempre daban el interrogatorio por concluido.

Hay que reconocer que Passerose reunía todas las características de la viuda arquetípica: siempre vestida de negro, con el rostro noblemente desolado, hurañamente célibe, con una propensión a perderse en sus propios pensamientos. Un día, mientras echaba de su palacio a uno de sus pretendientes, Rose oyó que su madre le decía:

–¡No sería usted tan arrogante si supiera a quién está intentando suceder!

A la chica aquella réplica le pareció digna de Angélica, marquesa de los Ángeles.

–¿Mamá, me parezco a él? –intervino ella.

–¿A quién?

–Al que ese tipo pretendía suceder.

–¿Sigues espiándome?

De hecho, ella espiaba. Lo justificaba por el exceso de misterio que la rodeaba. Muy pronto aprendió a disfrutar de ello. El enigma la exaltaba. Revolver el desván, extraer de él miles de extravagancias y otros tantos secretos, no obtener nunca una respuesta, ejercitaron tanto su mirada como su mente.

Ya adulta, atribuía su pasión por el arte contemporáneo a lo mismo: la frustración generada por esas obras lagunosas le recordaba esa fascinación e insatisfacción infantiles.

Para Rose, dejar a su hija en casa de su madre equivalía a legarle la continuación de su búsqueda: «Eso despertará tu inteligencia, hija mía.»

No fue lo que ocurrió.

Desde que entró en contacto con aquel universo de cuento de hadas, la criatura adoptó la actitud que le sería propia durante veinte años: el pasmo. En lugar de preguntarse, como Rose, qué se escondía detrás de todo, ella no se preguntó nada. En Trémière, el asombroso mundo de Passerose solo tuvo como efecto desarrollar extraordinariamente su capacidad de asombro.

La abuela dejaba a la pequeña dentro de su parque, en medio de un inmenso salón cuyo parcial desmoronamiento acentuaba su esplendor, y se marchaba a ocuparse de sus asuntos. Cada vez que pasaba por la estancia, comprobaba que el bebé no se había movido ni cambiado de expresión.

«¡Qué bien te portas!», decía la abuela. Cuando la tomaba en brazos, Trémière la contemplaba con esa admiración fija que habría molestado a cualquier otro, pero que a Passerose le encantaba: «Siempre soñé con que me miraran así.»

El amor entre la abuela y la nieta fue apasionado. La anciana se sentía un poco culpable de querer a Trémière infinitamente más que a su propia hija, pero no podía evitarlo. «No es como si no hubiera querido a Rose», se justificaba. Lo mismo ocurría con la niña, que aunque amaba a esa madre a la que veía de vez en cuando, enseguida profesó por Passerose el fervor más absoluto.

La pequeña fue lenta a la hora de hablar, como lo fue para todo lo demás. Tenía casi dos años cuando por fin pronunció sus primeras palabras:

–Te quiero –le dijo a su abuela.

Superado el primer impacto, la anciana dama no pudo evitar preguntarle:

–¿A quién quieres?

–Te quiero, abuela.

Aquella a quien iba dirigida la declaración tomó a la niña en brazos y la apretó en su regazo sin poder soltarla. Aquel amor no se parecía a ninguno de los que había experimentado antes: los superaba no solo en intensidad sino también en esencia. Sentía un manantial que fluía desde su pecho al de la criatura y que regresaba a él exquisitamente enriquecido.

–Tú me has enseñado que se puede querer así –le dijo.

Cuando Rose las visitaba, Passerose se esforzaba para que todo pareciera normal. A Trémière le había enseñado un cumplido para que lo recitara de memoria en presencia de su madre. Cuando la abuela le hacía un gesto, ella repetía:

–Te quiero, mamá.

–¿Ya hablas?

–Sí. ¿Y has oído lo que te dice?

–Está bien –dijo Rose, que había notado que era una lección aprendida y percibido la ausencia de convicción–. ¿Y qué más sabes decir?

–Es un principio, hija mía. Un poco de paciencia.

Rose hizo un breve aparte con su madre:

–A su edad yo ya hacía tiempo que hablaba, ¿verdad? ¿Y andaba?

–No se puede comparar. Cada niño tiene su propio ritmo.

–De acuerdo. ¿Cuál es el talento particular de mi hija?

–La contemplación.

–¿Seguro que no me lo dices para esconder algo más?

–Seguro. La he estado observando. Lo contempla todo con una intensidad extraordinaria.

Rose nunca se quedaba demasiado tiempo. Sentía que sobraba. Al marcharse suspiraba aliviada: «¡Bendita sea mamá! Creo que no estoy hecha

para ser madre. No consigo extasiarme con esta pequeña, me parece que tiene una expresión tonta.»

–Es verdad que ya podrías andar –dijo la abuela–. ¿Lo intentamos?

Dejó a la pequeña en el suelo, de pie, sin soltarle las manos, y la animó a poner un pie delante del otro. El resultado fue regular. Era como si a la niña no le interesara ese ejercicio.

Passerose se situó a cinco metros de Trémière y abrió los brazos:

–Ven, querida.

La criatura se acercó gateando. Tampoco era la solución.

Fue entonces cuando a la abuela se le ocurrió andar junto a la niña cogiéndola de la mano: «Nos vamos de paseo». Trémière comprendió que esa actividad la unía a su abuela y requería de una particular pericia. Caminó sin sombra de dificultad, levantando el brazo hacia quien amaba, deleitándose con la presión de aquella mano agarrada a la suya.

El paseo las llevó hasta el jardín, que consistía en un frondoso bosque abandonado. Había demasiados árboles para que la hierba pudiera crecer entre los troncos. En primavera, florecían anémonas silvestres.

–La gente me reprocha que no me ocupo del jardín lo suficiente –declaró la anciana dama a su muy joven acompañante–. Es que, ya ves, no soy una leñadora. Y no me apetece deshacerme de ninguno de esos árboles. Son tan hermosos, ¿verdad? «Se os comen la luz», me dicen. Pero preferir la luz a los árboles me parece tan absurdo como preferir el agua a las flores.

La verdad es que llevaban tiempo sin hacerle ese tipo de observaciones. Sus clientes –¿se les puede llamar así?–, que acudían a su consulta para averiguar cuál era su destino, partían del principio de que en un lugar así nada era normal y, sobre todo, no lo era la dueña de la casa. En el mismo instante en el que pisaban aquellos dominios, les asaltaba el miedo. Ni siquiera la amabilidad de Passerose les tranquilizaba. Y la presencia de una chiquilla de belleza irreal acrecentaba su inquietud. Y para empeorar las cosas, la vidente afirmaba que la niña era su vivo retrato a esa edad. Entonces solo podías escrutar el castigado rostro de la dama y preguntarte acerca de la magnitud del trauma que la había estropeado. No es que fuera fea, nada más lejos de la realidad. Pero de ella no podía decirse, como se dice de tantas abuelas, que debió de ser muy guapa de joven. Más bien invitaba a pensar que debió de ser

muy guapa pero debió de ocurrir algún cataclismo que no se podía explicar con el simple naufragio del paso de los años. Daba la impresión de que aquel rostro se había visto expuesto a algún espectáculo inconfesable que había modificado su naturaleza.

Algunas personas sentían lástima por la criatura que vivía sola en aquella ruina con una bruja. Sin embargo, tenían que admitir que parecía feliz y gozaba de buena salud. «La infancia es un milagro», pensaban. «Puedes compartir tu vida cotidiana con una vieja chiflada y acostumbrarte.»

Trémière hacía algo más que eso. Era consciente de la excepcionalidad de su abuela: la comparación con su madre resultaba elocuente. Instintivamente intuyó que tenía que cambiar un poco: si, de un modo u otro, subrayaba las extravagancias de Passerose, se arriesgaba a que la alejaran de ella. Las rarísimas veces en las que ella abandonaba la finca se sentía horrorizada por la insignificancia del mundo normal.

–Abuela, quiero quedarme siempre contigo –declaró a los dos años.

Era tanto una prueba de amor como una elección.

La fealdad de un niño resulta mucho más perturbadora que la de un anciano. Incluso los que aún no han vivido sospechan que esta aventura reserva horribles sorpresas, y que nadie sale indemne de ellas. ¿Y qué decir, pues, del que no ha necesitado trauma alguno para ser atroz? No se le puede calificar de desfigurado, nació siéndolo. En el caso del Hombre Elefante, su monstruosidad se explica a causa de un drama sobrevenido durante la gestación. Énide, en cambio, no había sufrido ningún impacto particular durante su embarazo: la horrible jeta de Déodat disuadía de cualquier intento de comprensión.

Por más que su escolarización se retrasó al máximo, al final tuvieron que decidirse a mandarlo al colegio con seis años de edad. A sus padres les daban tanto miedo las persecuciones a las que se vería sometido que prefirieron no prevenirle. Apostaron por la inteligencia de su hijo, que sabían muy superior a la suya. No estuvieron muy inspirados que digamos.

El primer día de escuela acumuló los suficientes ingredientes para hacerle aborrecer al género humano. Déodat nunca había frecuentado a niños de su misma edad: tenía la vaga esperanza de encontrarse con sus *alter egos*, seres capaces de comprenderlo, sus hermanos. Descubrió a una pandilla de cafres de una maldad y estupidez aterradoras. No solo ningún alumno le dirigió la palabra sino que todos hablaron mal de él en su presencia.

—¿Has visto a este?

—¡Qué cosa más fea!

—¡Yo no me siento a su lado!

Cuando el profesor pasó lista, descubrieron su nombre.

—¡Desodorante! —gritó uno de los chavales.

La clase se echó a reír. A partir de aquel momento solo le llamaron Desodorante.

El profesor intentó poner un poco de orden, por desgracia sin convicción. Incluso él parecía aguantarse las ganas de reír.

Además, la mayoría de críos se conocían desde la guardería. El espíritu de

solidaridad y la jerarquía ya estaban consolidados. Y no precisamente para favorecer la acogida del recién llegado.

Tras las presentaciones de rigor, llegó su primer recreo. Déodat, que ya no albergaba ninguna esperanza respecto a los chicos, intentó acercarse al grupo de las chicas. Ellas salieron huyendo entre gritos de terror. Oyó como una de ellas gritaba:

–¡Si me toca, vomito!

El intruso pasó el resto de la media hora observando las actividades de los niños y analizando su propio sufrimiento. Conocía la razón de su suplicio: cuando se miraba al espejo, él también sentía deseos de huir. «Yo puedo no mirarme sin problemas. Ellos, en cambio, están obligados a hacerlo», comprendió.

Logró posponer su desprecio: «La primera vez que me vi, reaccioné igual que ellos. Quizá se acaben acostumbrando.»

Al regresar a clase soportó el ostracismo con una indiferencia menos fingida que al principio. El profesor valoró y admiró su coraje.

Al final de la jornada, Énide fue a recogerle. Él se lanzó a sus brazos y la abrazó con tanta fuerza que se temió lo peor. No se atrevió a preguntarle nada. Mientras volvían a casa cogidos de la mano, el niño preguntó:

–¿Qué es un desodorante?

–¿Alguien te ha dicho que olías mal? –se indignó la madre.

–No –respondió él con inquietud–. Es una palabra que he escuchado.

–En casa te lo cuento.

Dicho y hecho. Contempló el *roll on*, le quitó el tapón, olió la esfera: tenía aroma a vainilla. Leyó lo que estaba escrito.

–No entiendo para qué sirve.

Énide imitó el gesto y le explicó la utilidad del objeto.

–Pero aún eres demasiado joven para necesitarlo –prosiguió.

Déodat registró la información y concluyó que aquel apodo no era ni positivo ni negativo: podría soportarlo. No se engañaba respecto a las maliciosas intenciones de los demás, pero fingiría ignorarlas.

Al día siguiente, el profesor se dio cuenta de que el niño leía a la perfección.

–¿Quién te ha enseñado?

–Nadie.

–¿Y a escribir?

–No escribo como vosotros.

–A ver.

Déodat trazó las letras en caracteres de imprenta: las reprodujo como había tenido la oportunidad de leerlas: le extrañaba la escritura cursiva de los adultos. Era la prueba de que el crío había aprendido solo.

–Te enseñaré a escribir en cursiva, ¿de acuerdo? Es más bonito.

«Y así sufrirás menos la crueldad de los críos», pensó.

Los niños comprendieron que la monstruosidad de su condiscípulo no era únicamente física. Déodat no hizo nada por subrayarla. No mostró ninguna de las actitudes que hoy se atribuyen a los niños superdotados: era demasiado inteligente para pensar que no le quedaba nada que aprender. Incluso cuando ya lo sabía, se interesaba por el modo en que lo explicaba el profesor. Y cuando no escuchaba, observaba a los alumnos con discreción: su instinto le impulsaba a la camaradería. Tomados de uno en uno, los que en grupo se burlaban de él no parecían dispuestos a odiarlo. El recreo no era el momento más oportuno para acercarse a ellos, ya que entonces dejaban de ser individuos para convertirse en manada. Lo ideal era intercambiar algunas palabras banales durante la pausa. El otro niño respondía al apestado sin temer que lo relacionaran con él. Poco a poco, el excluido logró establecer este tipo de contacto anodino con cada uno de los alumnos. Al cabo de dos meses jugaba con los demás en el patio sin que el grupo se hubiera dado cuenta de su estratagema.

Eso no significaba que la agresividad respecto a él hubiera desaparecido. Un día, mientras el profesor le felicitaba por su rendimiento en cálculo, un perverso chaval repitió en voz alta un lema publicitario:

–¡El desodorante que rinde más, veinticuatro horas sin transpirar!

El objeto de la burla tuvo la habilidad de echarse a reír junto al resto de la clase. Gracias a ello las burlas desaparecieron muy deprisa. El apodo no tardó en quedar abreviado a Deso, que podía pasar perfectamente por el diminutivo de su verdadero nombre.

Otro factor de exclusión: Déodat era el único de su clase que no tenía tele.

Les pidió explicaciones a sus padres, que se mostraron inflexibles: escuchándolos, la tele era un invento diabólico. Su hijo, que deseaba llegar a esa conclusión por sí mismo, maniobró con estrategia. Examinó a cada alumno como un general pasa revista a sus tropas y decidió dirigirse a Axel:

–Si te hago los deberes de cálculo, ¿podré ir a ver la tele a tu casa el miércoles por la tarde?

Encantado de librarse de la perspectiva de una mala nota, Axel aceptó. Déodat le comunicó a su madre que le habían invitado a casa de un amigo el miércoles siguiente. A Énide le encantó:

–¿Tienes un amigo?

Enseguida percibió que su entusiasmo podía resultar insultante y fingió no commoverse por un fenómeno tan normal.

El día señalado, la madre de Axel reprimió una arcada al conocer al chico bueno en cálculo y puso su mejor cara a cuenta de las matemáticas. Una vez despachados los ejercicios, ambos chicos se instalaron ante un soberbio televisor y miraron los famosos programas del miércoles por la tarde.

Para su vergüenza, ya que habría preferido reaccionar igual que sus padres, a Déodat le encantaron. Bastaba con dejarse llevar por aquella mágica alfombra de luz y sonido para embarcar hacia un mundo poblado de fabulosos personajes, cuyas peripecias se contaban a una velocidad supersónica, a través de extrañas onomatopeyas y refranes con sabor a caramelo. ¿En nombre de qué se le privaba de esas maravillas?

Axel no era demasiado listo. Parecía haberlo heredado de su madre, que se pasó la tarde en la habitación contigua cuchicheando por teléfono, o más bien creyendo que cuchicheaba, ya que Déodat solo tenía que aguzar el oído para escuchar: «Te lo juro, un auténtico monstruito. Axel no se da cuenta porque es un niño. ¿Crees que debería avisar a mi marido?»

Manifiestamente, se abstuvo de hacerlo, ya que hacia las seis de la tarde apareció un hombre que exclamó:

–¿De dónde ha salido este trol?

–Buenas tardes –respondió el insultado con enfática cortesía.

Media hora más tarde, Énide fue a recoger a su hijo. Solo por el modo en que los padres de Axel la miraron, adivinó que el físico de su hijo les había causado un gran impacto. «No, no es genético», sintió la tentación de decirles.

–¿Te lo has pasado bien, querido? –preguntó, ya de regreso.  
–Sí. ¿Puedo volver a casa de Axel el miércoles que viene?

Ella dijo que sí. Se convirtió en un ritual semanal. El enigma se acrecentó: ¿cómo unas personas que poseían un televisor tan mágico y que pasaban la mayor parte de su tiempo mirándolo podían seguir siendo bestias, o peor que bestias, vulgares y mediocres? ¿Cómo los prodigiosos dibujos animados no elevaban su espíritu? Déodat quiso saber más y le preguntó a Axel si podía quedarse a dormir.

–No hay problema –respondió su amigo.

El miércoles siguiente, Énide fue a buscar a su hijo a las seis de la tarde y el niño pudo descubrir por fin cómo se desarrollaba una velada en una casa ajena. Fue alucinante: se pasaron todo el rato delante de la televisión. Hacia las ocho, la madre encargó una pizza que no tardó en ser entregada y servida en unas bandejas: así no hacía falta sentarse a la mesa y no se interrumpía la contemplación.

Los programas cambiaron y fueron a peor. Salían personas de verdad. Decían cosas de discutible interés. Tenían una forma de hablar muy desagradable que parecía impresionar a la familia de Axel. De vez en cuando la mamá preguntaba si alguien quería otro trozo de pizza. El padre ofrecía su plato mientras, con la otra mano, ordenaba silencio.

Déodat intentó concentrarse en lo que decían. Apenas empezaba a entender el tema del que trataban cuando este cambiaba. El único punto en común entre los temas era una especie de aburrimiento siniestro.

Algunos anuncios más bien divertidos interrumpían aquel martirio, pero luego la cosa empeoró. Se inició una disputa entre varios individuos que hablaban cada uno de ellos en nombre de Francia, como si les perteneciera. Algo grave tenía que haber ocurrido en un episodio anterior.

–¿Te interesa? –le susurró Déodat al oído de Axel.

Como respuesta, este se encogió de hombros con expresión de asco.

–¿Vamos a dormir? –sugirió el invitado.

El padre les mandó callar con un gesto. Los dos niños se escaparon hacia la habitación de Axel.

–¿Miráis la televisión todas las noches? –preguntó Déodat.

–A mis padres les gusta estar informados.

–¿Y a ti no te aburre?

–Oh, ya sabes –respondió antes de posar la cabeza en su almohada y quedarse dormido.

Esa actitud lo hundió en una profunda perplejidad. ¿Cómo podía su amigo soportar tanto aburrimiento? No parecía obligado a quedarse: podría haberse marchado sin pedir permiso. ¿Entonces por qué soportaba aquel programa?

La habitación estaba llena a rebosar de juguetes. Desde que Déodat iba a su casa cada miércoles, nunca habían jugado con ninguna de aquellas maravillas. Si no hubiera temido despertar a su amigo, habría abierto todas aquellas cajas tan bien ordenadas y habría tocado sus objetos de deseo: Lego, un coche de Batman, soldaditos Duplo... Se atrevió a pensar que Axel quizá no fuera demasiado listo. Y no descartó que la omnipresencia de la televisión tuviera algo que ver en ello. Y no forzosamente por culpa de los programas. Era como si el mismo aparato hubiera abducido la voluntad de Axel.

A la mañana siguiente, se sintió aliviado al tener que ir a la escuela, por más que no le gustara demasiado. Tuvo la impresión de regresar a un mundo preservado de la nada. Oyó cómo en el comedor Axel decía pestes de él («Come como un guarro y no se quita la ropa para dormir») y le abordó para preguntarle la causa de aquella traición.

–Oh, ya sabes –respondió su examigo encogiéndose de hombros–, era por decir algo.

–No volveré a tu casa los miércoles.

–¿Por qué?

Déodat supo entonces que el problema de Axel superaba con creces la estupidez. A la fuerza tenía que existir un vínculo con la televisión, sin que él pudiera saber de qué naturaleza. Sintió cierta tristeza ante la idea de no volver a ver aquellos fabulosos dibujos animados.

Sus padres se preocuparon por el final de lo que ellos habían interpretado como una amistad.

–¿Tan grave es lo que ha hecho?

–No.

–Entonces perdónalo.

–Le perdono. Pero no es igual que antes, eso es todo.

La noción de amistad aún no existía en la cabeza del niño. No experimentaba una necesidad particular de practicarla. En eso se comportaba de un modo noble: la amistad no aparece para saciar ningún apetito. Surge cuando encuentras al ser que convierte esa sublime relación en algo posible.

En la escuela, Déodat observaba que algunos alumnos eran amigos. Lo interpretaba como un pacto, una lealtad. Y eso le inspiraba respeto, sin más. Por otra parte, aunque no había sufrido por ello, se enteró del prestigio que Axel había sacado de los infundios a su costa. Y comprobar que tantos niños se habían relamido con semejante ignominia no le daba precisamente ganas de acercarse a uno de ellos.

Un día, mientras jugaba a balón prisionero en el patio, un excremento de pájaro le cayó sobre la cabeza. Tardó en entender lo que acababa de ocurrir. Los gritos y las risas de los demás le ayudaron a darse cuenta. Corrió a los lavabos para mirarse en el espejo y comprobó que una sustancia blanquecina cubría su cabello. No se atrevió a tocarla. Asombrado, sintió que le invadía una inmensa alegría. Mientras se enjuagaba el pelo bajo el grifo, intentó analizar su excitación: «Éramos un centenar y ha caído sobre mí. El pájaro me ha elegido.»

Instintivamente supo que no debía contárselo a nadie. Si la clase se enteraba de que consideraba aquella señal de mala suerte como una elección, estaba acabado. También era consciente de que no era probable que convenciese a nadie con su explicación. Así que no tenía ninguna duda al respecto.

Si Déodat hubiera sido un aprendiz de mesías, habría interpretado aquella señal en términos de simbología divina. Pero tenía una rara tendencia a ver las cosas como son y, precisamente por eso, encontrarlas formidables. Vivió aquel episodio como una iluminación. Un nuevo mundo se abría ante él: el de los pájaros.

Lamentó no haber tenido los reflejos suficientes para mirar el excremento. Ni siquiera sabía si se trataba de una paloma, de un gorrión o de cualquier otra especie.

Él, a quien los humanos empezaban a desanimar, estaba encantado de recibir una invitación tan explícita a levantar la vista hacia los auténticos habitantes del cielo. ¿Para qué inventar la figura del ángel si ya existían los

pájaros? La belleza, la elegancia, el canto sublime, el vuelo, las alas, el misterio: aquellos seres tenían todas las características del mensajero sagrado. Con la virtud añadida de que no hacía falta imaginarlos: bastaba con mirarlos. Pero mirar no era precisamente el fuerte de la especie humana.

«Será mi fuerte. Ya lo es», decidió Déodat. Contemplar esta asombrosa categoría de lo real que existía a pocos metros de nosotros. No se trataba de observar lo inobservable: incluso sin prismáticos, el pájaro se ofrecía a la vista de todos. Sin demasiada relación con nuestra raza pero sin que esta le resultase exageradamente extraña, la especie aviar cumplía el prodigio de una civilización paralela, de una coexistencia pacífica.

De regreso en el patio, el niño escrutó las ramas de los castaños. Vio a los alados pasajeros de París: pájaros, palomas y otros cuyos nombres aún le resultaban desconocidos. Se juró a sí mismo aprender a identificar a cada uno de ellos.

—¿Vienes a jugar, Deso? —le gritó un chaval.

Regresó a la partida de balón prisionero y anotó varios puntos seguidos contra su propio equipo. Lo acabaron echando.

Incapaz de pensar en nada que no fuera su conversión, esperó la hora de salir con dolorosa impaciencia. Al escuchar el timbre liberador, corrió hasta la calle, donde su madre, fiel a su puesto, le recibió con los brazos abiertos.

—¿Tenemos un libro sobre pájaros en casa?

—No.

El rostro del niño se descompuso. Afortunadamente, Énide tuvo buenos reflejos.

—Pero en el diccionario seguro que encontrarás pájaros.

La página «Pájaros» del viejo Larousse ilustrado sació con su opulencia la mirada de Déodat. Durante horas, estuvo tumbado contemplándola, presa de un asombro absoluto.

En una sola página el diccionario agrupaba todas las familias aviares. Gorriones, rapaces, grajillas, palmípedos se sobreponían con una generosidad que la naturaleza no habría permitido. Era una obra de arte, una profusión de colores y de elegancia.

El niño tuvo el instinto científico de mirar igualmente otras láminas del Larousse: se regaló la mirada con felinos, peces, dinosaurios, reptiles; no

había duda posible, solo la lámina de los pájaros le producía aquel efecto. Y sin embargo había por lo menos el mismo número de colores en la lámina de los peces, pero no sintió ninguna atracción por aquellas especies de rostro perplejo o contrariado.

El ilustrador del diccionario les había proporcionado a los pájaros una expresión enigmática pero imposible de traducir en términos de humor humano: los peces ponían mala cara, los pájaros preservaban su misterio.

También consultó en las entradas las especies catalogadas sobre las láminas. ¡Alegría! En su generosidad, el Larousse mostraba, en la entrada «mirlo», un espécimen macho y su correspondiente hembra, la mirla, y en la entrada «gorrión» el gorrión azul: aquellas páginas rebosaban de pájaros. Tenías que hojearlas todas sin excepción: nunca sabías con qué secreta especie te ibas a tropezar entre dos hojas, como el paseante que descubre un vuelo entre dos montes.

Hasta entonces Énide tenía que despertar a su hijo a las siete de la mañana para que se preparara para ir a la escuela. En adelante, siempre lo encontraba levantado, tumbado en la alfombra del salón ante el diccionario abierto. Cada vez le preguntaba cuánto tiempo llevaba despierto. La respuesta siempre era la misma:

–No lo sé.

–Preferiría que durmieras, querido. Lo necesitas.

–Necesito más a los pájaros.

–Ahora ya los conoces todos.

–No. También están los que no salen dibujados. Y no es solo para descubrirlos. Es sobre todo para estar con ellos.

Una vecina se enteró de la pasión del hijo del cocinero por los pájaros. Le propuso que fuera a su casa a ver el canario. Déodat regresó tremendamente indignado.

–¡Mamá, a Johnny lo tienen dentro de una jaula! La señora Bouton es un monstruo.

–La gente que tiene pájaros se ve obligada a meterlos en jaulas. Si no se escapan y se mueren. El clima de aquí no les conviene.

–Entonces hay que llevarlos a su país.

–No es posible.

Durante mucho tiempo el niño permaneció postrado, incrédulo. Le repugnaba el sadismo de sus congéneres.

Énide, que había estado a punto de comprarle un bengalí rojo como regalo de Navidad, sintió un profundo alivio por haber evitado cometer semejante error. En una librería adquirió *Los pájaros del mundo*, publicado por la editorial Bordas.

Y así fue como, por la Navidad de sus seis años, Déodat recibió el libro que iba a convertirse en su biblia. Aquella guía catalogaba en primer lugar las noventa y nueve especies de no-gorriones para luego explotar las setenta y cuatro especies de gorriones, taxonomía cuando menos extraña, pero que no perturbó en absoluto al joven lector.

Sin duda aquella absurda clasificación se justificaba por el hecho de que, para la mayoría de personas, el amor por los pájaros se corresponde en realidad con el amor por los gorriones. En efecto, ¿cómo no sentir ternura por los gorriones, los ruiseñores, los pinzones y los petirrojos? Déodat los adoraba, pero no menos que a los rapaces o a las colúmbidas. Más adelante descubrió que, para muchos humanos, los psitácidos y sobre todo los palmípedos eran motivo de burla. Así, unos palurdos se permitían burlarse de tan nobles familias: no lo podía creer. Definitivamente, la vileza de los humanos no conocía límites. Quien haya contemplado el esplendor de un escuadrón de ocas salvajes en pleno vuelo solo puede inclinarse ante esas aristócratas del cielo.

Las ocas no eran las únicas víctimas de aquel estúpido desprecio humano. Déodat aprendió que «grulla» era sinónimo de mujer vulgar, que el sustantivo «pato» se aplicaba en una gran variedad de comparaciones grotescas, igual que su desgraciado primo el pavo. Siguió profundizando en su estudio y sintió un ligero alivio al comprobar que se trataba sobre todo de un vicio de la lengua francesa. En inglés, al pavo lo llamaban «turkey», lo que le hacía merecer la reverencia de la Sublime Puerta. En japonés, al pato lo llamaban «kamo», lo cual sonaba próximo a la divinidad, y la grulla, que llevaba el hermoso nombre de «tsuru», era directamente objeto de culto.

Debería escribirse una tesis sobre la necesidad que ha experimentado la lengua francesa de ridiculizar a esos espléndidos animales. Instintivamente,

Déodat sospechó que la envidia debía de haber jugado un importante papel en el asunto. Desde el siglo de La Fontaine, sabemos que suscitar la envidia trae mala suerte, y en Francia más que en otras partes.

En compensación, la famosa película de Hitchcock, que llevaba el mismo título que su obsesión y que vio sin más demora, no le causó ningún impacto. No había ni odio ni desprecio en *Los pájaros*, solo la profunda conciencia de la superioridad del reino alado. Sí, si los pájaros quisieran, podrían destruir fácilmente la especie humana. Razón de más para maravillarse, no de su benevolencia –no era esa la palabra exacta–, sino de su noble indiferencia hacia el hombre.

En la medida de lo posible, Déodat decidió inspirarse en esa actitud a la hora de tratar a sus condiscípulos. Igual que todos los demás, los niños de su clase eran un caso perdido. Eso no les convertía en demonios, ni les hacía merecedores de ningún castigo. Solo tenía que aprender a vivir como viven los pájaros, manteniéndose a algunos metros de ellos. Incluso cuando un pájaro comía de la mano de un hombre, seguía existiendo entre ambos reinos una distancia infranqueable: la que separa una especie que vuela de otra que se arrastra.

El niño, que veneraba a su madre, sintió la necesidad de saber si ella compartía el mismo amor por sus elegidos.

–Me gustan los pájaros –dijo Énide–, pero no más que los caballos o los elefantes. Los pájaros son magníficos, pero no son tan cariñosos.

Déodat reflexionó antes de responder:

–Lo que dices es verdad. Y por eso los quiero tanto.

–¿Tú que eres tan tierno, tú que nunca pierdes ocasión de abrazarme?

–Sí. A ti necesito quererte así. Pero el amor por los pájaros es diferente, e igual de indispensable.

Énide miró a su hijo con la perpleja admiración que no dejaba de suscitar en ella. Un niño de siete años que tenía semejantes opiniones era algo especial. Lo habían sometido a los famosos test. Su coeficiente intelectual de 180 dejaba presagiar cualquier cosa. Sin embargo, Énide sabía que su hijo era mucho más que un superdotado. Era un genio, creaba sus propias leyes, indiferente a los paradigmas convencionales de la inteligencia.

Los examinadores le habían preguntado, como simple trámite de

comprobación, si el niño se aburría en el colegio y si se mostraba insoportable en clase. A ella le había encantado contradecirles:

–Se porta muy bien. Mira por la ventana.

Déodat había llegado a la siguiente conclusión: no existía ventana desde la que no se viera por lo menos un pájaro. Compadecía a los que se apasionaban por los caballos, los peces o las serpientes, ya que la ley de la ventana no funcionaba con esas especies. Pensándolo bien, la ley de la ventana solo funcionaba con los pájaros: los insectos desaparecían en invierno.

De todos los animales salvajes, el pájaro era el único con el que convivía cotidianamente, cada día del año. Los únicos lugares donde resultaba difícil verlos eran alta mar o los desiertos: coincidía con aquellos lugares en los que te cruzas con pocas personas. Esta observación sugería que el pájaro era, por así decirlo, el hermano noble del hombre. Su presencia perpetua le recordaba a la especie humana lo que habría podido llegar a ser si no hubiera cedido a la extraña seducción de la gravedad.

Se trata de una fraternidad morganática: ningún riesgo de que el pájaro comparta sus aristocráticos privilegios con la humanidad. Esta, en cambio, podía en todo momento levantar la vista hacia el cielo y soñar con la vida del que se atrevía a volar.

El acto de volar nacía de la fuerza y la audacia. En origen, ninguna especie volaba. Un día, hace cientos de millones de años, un bicho no solo concibió ese inédito sueño sino que intentó llevarlo a cabo. Se suele rememorar con justificada emoción la proeza de los pioneros de la aviación. Pero ¿acaso nos acordamos de los primeros animales que arriesgaron su vida en ese insensato experimento? Seguro que en aquella época tuvo que producirse una elección. El hombre pertenece a la especie que eligió el suelo.

Una aristocracia llevaba a otra: quien había elegido el cielo también había inventado el canto. Si se puede imaginar un estadio arcaico del lenguaje donde la música no se disociaba del sentido, es gracias al pájaro. Hace falta el pobre cerebro humano para crear una teoría como la del arte por el arte. Sin formularlo, el mirlo y el ruiseñor saben que la categoría de lo que solo es bello es absurda y que, de hecho, no existe. Si cantan con semejante nivel de belleza es para asegurar que el alumbramiento se dé en pleno auge. Lo que

transmite el canto del ruiseñor más inspirado es que no hay límites para lo sublime, ni para la emoción que puede suscitar.

Lo que emocionaba a Déodat es que no todos los cantos de pájaros eran hermosos. Algunas especies magníficas emitían un grito atroz, como la garza o el arrendajo. El caso de la garza resultaba particularmente patético: pocos pájaros tenían una apariencia tan principesca como ese, ya sea volando o en tierra. Que el habla de semejante príncipe recordara a un repulsivo carraspeo desmentía las fábulas sobre la correspondencia entre el canto y el plumaje.

Esa fue la razón por la cual Déodat los apreciaba: los pájaros, por sublimes que fueran, tenían sus incoherencias, sus tentativas fracasadas, sus rarezas. Nunca se aburría al observarlos: constituían un reino con sus propias intrigas, héroes y bufones. De la antigua *archaeopteryx* al futurista charrán ártico, del folklórico y barbudo quebrantahuesos al incongruente treparriscos, del desconsiderado cucú al ablativo pelícano, del simple pardillo al tecnológico pájaro carpintero; todos los papeles estaban representados.

Igual que el aficionado a la literatura no puede conformarse con un único libro de cabecera, Déodat era incapaz de tener un pájaro favorito: ¿cómo elegir entre la lechuza común (¿existe algo más desgarrador que su grito?), la cerceta carretona (con sus andares tan graciosos), el busardo ratonero (esa manera de detenerse en el cielo antes de lanzarse en picado), el trepador azul (con qué ánimo escalaba al revés), el reyezuelo (con su volumen de bombón Suchard), la polla de agua (¡qué bicho más alegre!), la tórtola turca (esa mirada tan dulce)? Cada vez que en su enciclopedia descubría un nuevo tipo de pájaro, daba saltos de alegría.

«Cuando los conozca todos, quizá pueda preferir uno», pensaba. Déodat era consciente de su desventaja: ser un niño de siete años, de ciudad para más inri, no le permitía salir a observar esas maravillas en su hábitat natural. No por ello dejaba de observar lo que París podía ofrecerle: palomas y chorlitos. Estos últimos le encantaban: los gorriones, saltando sobre las aceras, ingrátidos huéspedes del pavimento, de desenfadada impertinencia, muertos de hambre al acecho de un golpe de suerte, eran la juventud de París, mientras que las golondrinas eran las damiselas orgullosas de su obstinada delgadez. En cuanto a las palomas, el desprecio del que eran objeto las identificaba claramente con los parisinos envejecidos. ¿Acaso era culpa suya que

envejecieran, engordaran y se volvieran más pesadas y torpes? Envejecer en París acarreaba más vejaciones que envejecer en cualquier otro lugar. Menos mal que también había compensaciones: la alegría con que la paloma se caga sobre un monumento la consuela del desdén de las presumidas y de las redadas policiales.

En los parques parisinos, Déodat pudo observar la negrura sin concesiones de los cuervos, y, a lo largo del Sena, a los gaviones, que presumían, igual que algunos provincianos, de haber nacido allí: «El buen pico es de París», parecían decir.<sup>2</sup> Villon ya lo había comprendido: los pájaros, igual que todos, sufren el magnetismo parisino.

Y, a pesar de ello, el niño se moría de ganas, no tanto de volar con sus propias alas como de salir a observar las innumerables especies del reino aviar. ¿Lograría ver alguna vez con sus propios ojos un acentor común, una fragata y un chingolo arbóreo? ¿Podría empaparse el alma con el espectáculo de las migraciones de gansos? Incluso el buitre, casi tan detestado como la hiena, le despertaba simpatía: comprendía a los pueblos que entregaban sus cadáveres a esos veloces limpiadores.

En la escuela, la pasión ornitológica del niño no interfirió en sus exitosos resultados escolares, pero le hizo regresar a su primigenia soledad. Sus padres fueron convocados:

–Su hijo, que tenía muchos amigos en primaria, ya no le dirige la palabra a sus antiguos compañeros. ¿Están ustedes al corriente?

–Lo suficiente para saber que se trata de una decisión propia.

–Déodat es manifiestamente más inteligente que el resto, y lo sabe. No habría que alentarle en ese aislamiento despreciativo.

–No se trata de desprecio. Nuestro hijo solo piensa en los pájaros.

–¿Esperan convertirlo en ornitólogo?

–Esperamos dejar que decida sobre su vida.

–Sin embargo, sería una lástima. Un cerebro como el suyo podría dedicarse a algo mejor.

Petrificada, Énide dio por terminada la reunión y empujó a su marido fuera del despacho del director.

–¡Qué desgraciado!

–Tienes razón, querida. No le contemos nada de este intercambio al pequeño.

La verdad era que, antes que nada, Déodat había querido demostrarse a sí mismo que su integración entre los niños era posible. Pero, en cuanto dejó de dudarlo y pudo comprobar el escaso valor de la camaradería, se mantuvo al margen de cualquier vida social. La contemplación del más mínimo gorrión en el patio le aportaba muchísimo más que frecuentar a los que, tras haberlo apodado Desodorante, ahora solo le llamaban el Repugnante.

La gente no es indiferente a la belleza extrema: la detesta a conciencia. A veces el muy feo puede despertar una ligera compasión; el muy guapo, en cambio, irrita sin piedad. La clave del éxito radica en una ligera belleza que no moleste a nadie.

Desde el primer día Trémière se convirtió en la mártir de su escuela. La profesora y los alumnos habían encontrado el pretexto ideal para su animadversión: quedó promulgado que la niña era totalmente estúpida.

Para su desgracia, su propia madre pensaba lo mismo.

¿Cómo una niña tan pequeña puede ser considerada idiota por su entorno más próximo? ¿Y cómo una reputación de idiotez puede cristalizar a su alrededor en la escuela? He ahí un doble y terrorífico misterio.

A partir de los cuatro años, Trémière pasó un fin de semana de cada mes en casa de sus padres, en París. Ellos no veían con buenos ojos las reticencias de Passerose a que su hija fuera a la guardería:

–Solo sirve para quitarle encanto a la infancia –decía la abuela.

–No. Sirve para que los pequeños socialicen –respondía la madre.

–¡Qué vocabulario más bárbaro, pobrecita mía!

Así pues, el fin de semana mensual tenía la función de iniciar a Trémière en relaciones humanas diferentes a las que vivía con Passerose. Dentro del coche que les llevaba desde Fontainebleau, Rose tomó por costumbre interrogar a su hija.

–¿Qué habéis hecho esta semana?

Largo silencio que la madre interpretaba erróneamente como un tiempo de reflexión. Silencio. Expresión alucinada de la pequeña.

–¿Qué hiciste con la abuela ayer y anteayer?

Idéntica actitud.

–¿Qué te apetece hacer en París, querida?

Ídem.

–¿Sabes que cuando te hacen una pregunta debes responder?

En el apartamento del decimotercero distrito, Trémière tenía una habitación

para ella y sus juguetes. Permanecía allí sentada en el suelo, inmóvil, mirando los objetos en éxtasis, sin tocarlos. Prácticamente no hablaba.

Una sola vez la pequeña se comportó de un modo que no decepcionó a nadie. Rose se la había llevado a la galería, a la inauguración de un pintor serbio cuyas telas de enormes proporciones desconcertaban. La niña contempló durante largo rato cada cuadro con asombro. El artista se acercó a preguntarle qué opinaba; como respuesta, Trémière señaló con el dedo la obra más singular y se dio la vuelta hacia el hombre con los ojos desmesuradamente abiertos.

Al serbio casi le da un soponcio y le besó la mano a la niña.

–Me gustaría pintar solo para su hija –le dijo a la galerista.

Ella mantuvo un prudente silencio, pero ni por un momento se tragó el cuento de que su hija tuviera una mirada genial. Su opinión ya estaba formada, a su pesar, y aunque le diera vergüenza no podía hacer nada para cambiarla: sin jamás formularlo en voz alta, pensaba que Trémière era tonta del bote.

El domingo por la noche, cuando regresaba a Fontainebleau, su propia sensación de alivio le hizo sentir un poco triste. Y cuando vio a su hija correr hacia los brazos de Passerose gritando «¡Abuela!», pensó: «Estate tranquila, tu alivio es compartido.»

No obstante, quería a su hija, y su hija también la quería a ella: pero eso no tenía nada que ver con la pasión que unía a la niña con su abuela.

De regreso en París, Rose compartió sus inquietudes con su marido:

–A la edad de Trémière, e incluso antes, yo ya metía las narices por todas partes. La mansión de mi madre es un auténtico misterio, invita a revisar todos los rincones, a subir al desván, o por lo menos a mirar qué hay detrás de las puertas. Nuestra hija se queda sentada en el suelo, observándolo todo sin moverse, sin hablar.

–Se nos hará monja zen.

–En lugar de bromear, admite que es especial.

–¿Qué te gustaría que dijera? ¿Que es una retrasada?

–Es una palabra demasiado fuerte. No, solo me parece que le falta curiosidad.

–¿Y te parece un defecto feo? ¡Mejor si le falta!

Rose sabía que se equivocaba al comparar la infancia de su hija con la

suya, que probablemente idealizaba, que tenía que felicitarse por que fuera tan diferente. Sin embargo, no podía impedir alimentar cierta inquietud respecto a lo que en su fuero interno denominaba el aturdimiento o la torpeza de Trémière.

Dos años más tarde, su ingreso en la escuela confirmó sus temores. No porque Trémière se quejara –nunca se quejaba–, sino porque la maestra la convocó:

–Esto no va bien, señora.

–Mi hija no aprende nada, ¿verdad?

–El problema no es ese. Tengo alumnos mucho peores. ¿Le cuenta todo lo que se ve obligada a aguantar?

–No.

–Hace un rato, después del recreo, Trémière se ha esfumado. Les pregunto a los niños dónde está y se echan a reír. Salgo corriendo al patio y me encuentro a la pequeña sentada en el suelo. «¿Qué estás haciendo aquí? ¡Vete a clase inmediatamente!» «No puedo.» «¿Por qué?» «Maïté ha dibujado un círculo de tiza a mi alrededor y me ha prohibido salir.» «¡Te ordeno que salgas!» «Ha dicho que, si salía, mi madre se moriría.» «Te está tomando el pelo, no le hagas caso.» He tenido que sacarla del círculo a rastras. Hable con ella, dígame que está usted viva.

Muy incómoda, Rose habló por teléfono con su hija y le recomendó mantenerse lejos de ese bicho de Maïté. Le pidió que volviera a pasarle a la maestra:

–Espero que haya convocado a los padres de Maïté.

–Por supuesto, señora. También me gustaría tener una reunión privada con usted.

Concertaron una cita. Rose colgó suspirando. «Evidentemente, esta mujer piensa lo mismo que yo: hay que ser estúpido para creerte esa historia de la tiza y obedecer a Maïté. Mi hija es boba.»

Durante la reunión, la institutriz le explicó a Rose que su hija nunca se defendía y que eso no era normal:

–No es solo Maïté. Todos los niños la tienen tomada con Trémière. Enséñele a defenderse.

–¿Cómo?

–Dígale que no debe resignarse a esos malos tratos.

–¿Tiene que defenderse a golpes?

–Claro que no. Tiene que hablar, es decir, tiene que hacer lo mismo que usted cuando se defiende y cuando la defiende. Porque usted la defiende cuando la atacan, ¿verdad?

–Por supuesto –respondió Rose con una falta de convicción que deseó que no se notara.

Procuró alargar lo menos posible la reunión con la maestra. Su sentimiento de culpabilidad la aplastaba. «Estoy mintiendo en todo. Si le contara que la niña vive en casa de su abuela, seguro que me ordenaría que la hiciera volver a casa. Y Trémière no quiere ni oír hablar de ello. ¿Que si defiende a mi hija cuando la atacan? ¿Pero qué significa eso? A parte de Maïté, nadie la ha maltratado jamás.»

Rose llamó a su madre:

–¿Defiendes a Trémière cuando alguien la ataca?

–¿Han atacado a la pequeña?

–Contesta a mi pregunta, mamá.

–Si la atacaran, la defendería con uñas y dientes. Pero eso no ha ocurrido nunca. ¿Por qué me lo preguntas?

Rose le contó el asunto. Passerose suspiró:

–¡Pobrecita!

–¿Y debe de ser un poco tonta, no, si se traga esa historia del círculo de tiza?

–La entiendo. En el Cáucaso no se bromea con los círculos de tiza.

–¡No me digas que le estás llenando la cabeza a mi hija con tus estúpidas creencias!

–Me guardaré de hacerlo. Solo pienso que Trémière tiene un gran sentido de lo mágico.

–¿No te parece que es un poco boba?

–En absoluto. Es una niña de una inteligencia superior.

–¿Y en qué lo notas, mamá?

–Nunca dice tonterías.

–Nunca dice nada.

–No es verdad. Habla poco pero lo que dice es extraordinario.

–En cambio, sus resultados escolares de extraordinario no tienen nada.

–¿Desde cuándo se juzga la inteligencia de un niño por semejantes detalles?

–Espero que no le estés contando que la escuela no tiene ninguna importancia...

Passerose la tranquilizó al respecto.

–Escucha, mamá, parece que Trémière es la mártir de su clase. ¿Te ha comentado algo al respecto?

–Nunca.

–Intenta averiguar algo más, ¿de acuerdo?

–Te lo prometo.

Aquella misma noche, la abuela mantuvo una importante charla con su nieta:

–Querida, ¿los otros niños son malos contigo?

–No.

–Pero Maïté te encerró en un círculo de tiza.

–¿Eso es malo?

–¿Sabes? Algunos niños, como Maïté, son muy malos. Cuéntame qué haces durante los recreos.

–Juego.

–¿A qué juegos?

–A la piscina.

–¿Hay una piscina en el patio?

–La piscina soy yo.

–No lo entiendo.

–Los otros se suben a la pared, como si se tratara de un trampolín, y yo estoy tumbada en el suelo, debajo. Y ellos saltan.

–No quiero saber más. ¿Por qué no jugáis a otro juego?

–También jugamos al fútbol.

–Deja que lo adivine: ¿tú eres la pelota?

–No, yo soy la portería.

–¿La portera?

–No, la portería.

–Querida, eso es espantoso. No debes permitir que te hagan daño.

–Tampoco me hacen tanto daño. Y es mejor que antes. Antes nadie quería jugar conmigo.

–Yo preferiría que no jugaras con nadie. Prométeme que en adelante te negarás a participar en esos juegos horribles.

–De acuerdo.

Passerose sonrió antes de preguntar:

–¿Y no tienes moratones a pesar de los golpes que recibes?

La pequeña se encogió de hombros. La abuela la bañaba cada noche y había observado que tenía la piel intacta. Era muy curioso: a Trémière no le quedaban marcas.

Al día siguiente, cuando los alumnos intentaron arrastrarla a alguno de sus juegos sádicos, ella se negó educadamente. Ellos insistieron, pero ella persistió en su negativa. Entonces quisieron pegarle una paliza. Los miró a los ojos, con mucha calma, y dijo:

–Es inútil, no me quedarán marcas.

Quedaron tan desconcertados que pasaron a otra cosa. En adelante, Trémière se convirtió en una niña solitaria. Durante los recreos, paseaba incansablemente cantando. Nada parecía afectarla. Lo único que le importaba era reunirse con su abuela.

–¿Y no te molesta no tener amigos? –le preguntó ella.

–De todos modos, la escuela no me gusta demasiado –fue su respuesta.

Los fines de semana, Trémière seguía sentándose en medio del comedor de la mansión mirando a su alrededor sin moverse.

–¿No te aburres? –le preguntaba Passerose.

–No. Siempre hay algo nuevo que observar.

La abuela se sintió tan deslumbrada por aquella réplica que se llevó a la niña a su habitación. En sí, era un raro privilegio, ya que nunca permitía que nadie pisara su santuario, pero no se conformó con eso.

–Voy a enseñarte algo que no le enseño a nadie.

La anciana se sentó ante su tocador, invitó a la niña a sentarse en sus rodillas, abrió un cajón y cogió un cofre de cuero.

–El cuero es como la piel: no hay nada mejor para no estropear lo que es frágil.

Levantó la tapa y le descubrió al mundo esplendores dispuestos con

extremada minuciosidad:

–Hay que evitar que dos joyas se toquen: las piedras podrían rayarse. Solo en las películas de piratas los tesoros rebosan de joyas amontonadas y mezcladas. Cada joya es un alma delicada que no soporta el contacto con sus congéneres.

El vientre del cofre era un laberinto de varios pisos con cajones secretos, almohadillas de terciopelo, abrojos, oscuros meandros y alucinantes mecanismos.

–Dame la mano. Cierra los ojos.

La pequeña lo hizo, aterrorizada. La abuela dirigió su mano hacia el interior de aquel orden genial cuya suavidad escondía, en sus rincones más inesperados, la dulce frialdad del metal y la gema.

–Incluso si fueras ciega te darías cuenta de lo hermoso que es, ¿verdad?

Passerose observó que la niña tenía la piel de gallina. Aprobó aquella reacción.

–Ahora abre los ojos.

El estallido del oro sorprendió a Trémière como una bofetada de luz. Uno a uno, la anciana fue desmontando todos los compartimentos para dejar que cada pieza de joyería quedara a la vista. Se los fue presentando como si fueran personas:

–Esta es Estrella de Samarcanda, una pulsera que data de 1749. Fue un regalo de un caballero persa a una dama de la corte de Versalles. Es de oro del Oural: observarás que no hay nada tan distinto del oro como el oro mismo. Hay que tener un gusto oriental para apreciar un oro tan amarillo. Me encanta. E incluye este diamante que le da nombre, tan enorme que llevar esta pulsera en público podría resultar insultante. Siente el peso de la joya en la palma de tu mano. ¿Verdad que impresiona?

Trémière estaba temblando. Ella que nunca había tenido buena memoria retenía hasta el más insignificante de los nombres que su abuela utilizaba para explicarle sus joyas.

–Levántate.

Passerose fue depositando cada joya sobre su espaciosa cama. El terciopelo de la colcha acogió el oro y las pedrerías como si de distinguidos huéspedes

se tratara. Cuando ya ocupaban toda la superficie de la cama de matrimonio, la anciana bajó las cortinas, devolviendo la habitación a su oscuridad original.

–Mira.

El débil estallido de aquel improvisado campo de gemas causaba una impresión parecida a la de los bajorrelieves de una cripta.

–Al parecer los tesoros japoneses están concebidos para ser admirados en la oscuridad. No soy japonesa, pero entiendo ese principio.

Abolida toda luz, lo que flotaba a media altura en las tinieblas parecía tener su origen en el resplandor policromático. Era como la lámpara maravillosa.

–Este estallido no tiene una explicación racional: estamos a oscuras. Así pues, el oro y las piedras preciosas emiten su propia luz.

Trémière, que no estaba muy segura de entenderlo del todo, creía que su abuela decía cosas sublimes.

–¿Sabes por qué nunca le he hablado de estas joyas a tu madre? –preguntó Passerose mientras volvía a abrir las cortinas.

–No.

–Porque, como todo el mundo, me habría acribillado a preguntas. Me habría interrogado sobre el origen de mi tesoro, sobre su valor; y sobre todo me habría ordenado guardarlo en la caja fuerte de un banco.

La pequeña, que apenas sabía lo que era un banco, frunció el ceño ante la idea de un cofre de joyas en un lugar extraño.

–Tú, en cambio, nunca haces preguntas. No digo que esté mal hacerlas. Las preguntas pueden demostrar inteligencia. Tú tienes una manera de ser inteligente superior, que consiste en no hacer preguntas. Sé que no hablarás con nadie de este tesoro.

Se produjo un silencio. La niña adivinó que la respuesta idónea era no responder.

–No guardo estas joyas en el banco porque necesito verlas y llevarlas cada día. Me las pongo cada noche para dormir.

Trémière miró todo lo que había sobre la cama e intentó imaginarse a Passerose engalanada con esa increíble cantidad de maravillas.

–Es una verdad poco conocida: para seguir siendo magníficas, las joyas necesitan que las lleven con mucha frecuencia. Y cuando digo que las lleven quiero decir que las quieran. Una joya llevada sin amor se puede estropear de

golpe. Yo misma he visto cómo mi madre apagaba para siempre un diamante que, ofrecido por un hombre al que no amaba, había aceptado por mera vanidad. Solo se lo puso una vez. Al final de la velada, el tapón de la jarra brillaba más que su diamante solitario. Lo revendió, por una miseria, a un antuerpiense.

La pequeña estuvo a punto de preguntar qué era un antuerpiense, pero su abuela acababa de elogiar su inapetencia por las preguntas. Pensó que ya lo consultaría en el diccionario.

–Querida, si tengo una regla que transmitir sobre esta vida es la siguiente: nunca aceptes una joya de un hombre al que no amas. Sobre todo si la joya te gusta: la piedra no te lo perdonaría.

La niña no estaba segura de que una regla así fuera a serle de utilidad algún día.

–En resumen, que si tu madre supiera de la existencia de este tesoro, me obligaría a, como mínimo, asegurarlo. Y eso supondría encargarse de un peritaje. ¡Qué horror! Someter todas estas joyas a un peritaje equivale a demostrar que no las amas. Yo las amo hasta el punto de necesitar llevarlas cada noche. Si he conservado mi esplendor ha sido gracias a ellas. ¿Verdad que soy una mujer deslumbrante?

Trémière asintió fervorosa. Dudó antes de decir:

–Abuela, me encantaría verte con tus joyas puestas.

Passerose se lo pensó.

–De acuerdo. Esta noche, antes de acostarme, te llamaré.

Trémière se pasó el resto del día en trance. Lo que había contemplado aquella mañana superaba en esplendor todo lo que había visto a lo largo de su vida. A la hora de comer, no pudo probar bocado. Passerose se rió:

–Parece que tengas miedo.

La pequeña no respondió porque era cierto. Había observado que todo lo que le gustaba demasiado le provocaba un temor extremo. Cuando su abuela la abrazaba con fuerza, cuando su madre se maquillaba, tenía miedo. Pero aquello todavía podía entenderse: esos momentos estaban asociados a seres a los que adoraba. Tenía motivos para sentir terror. Sin embargo, Trémière había comprobado que aquel miedo también intervenía en otros momentos: en la sección de perfumes de unos grandes almacenes, si se quedaba mirando unos

frascos deliciosamente ovalados, un escalofrío de placer y miedo se apoderaba de ella. Si prolongaba aquel instante de contemplación, la onda de voluptuosidad se volvía tan potente que la obligaba a gemir.

Al llegar la noche, temblando, la niña entró en la habitación de la abuela. A la luz de las velas, descubrió a la anciana sentada ante su tocador, con un camisón que parecía un vestido de boda. En el reflejo del espejo vio su rostro deslumbrante de esplendor: pendientes de diamantes y un collar de esmeraldas aureolaban sus rasgos con una luz mágica que le hacía parecer llegada desde un pasado desconocido.

Passerose se dio la vuelta. Trémière vio que estaba totalmente cubierta de joyas: debajo del collar de esmeraldas se superponían largos collares de oro formando una única y reluciente guirlanda de belleza, abundantes broches cubrían el encaje blanco como una constelación; cada una de sus pulseras enarbolaba brazaletes cargados de joyería, algunos rígidos, otros flexibles como serpientes de oro y plata, y cada dedo engastaba un anillo como el sublime marfil de las joyas bizantinas.

La anciana se puso a enumerar cada joya igual que se las había presentado por la mañana, pero la niña ya no la escuchaba, desgarrada por un miedo y un placer que la recorrían por dentro en todos los sentidos: acumulaba fuerzas para no gemir.

Nunca supo dónde encontró el valor para tomar la palabra:

–Abuela, tumbate sobre la cama, por favor.

Sorprendida y divertida por aquella petición, la abuela se acostó sobre la colcha de terciopelo. La niña se acercó y se regaló la vista: ahora el oro, las piedras y la abuela estaban perfectamente incrustadas y formaban un todo único. Trémière comprendió lo que significaba llevar una joya; y Passerose llevaba las suyas como nadie. Las joyas adquirirían vida propia si las llevaba alguien que las merecía para toda la eternidad.

La piel castigada por los años reflejaba el fulgor de las piedras y los metales preciosos con una precisión perfecta. Nada como la vejez para empolvar la tez de una mujer y restarle ese exceso que envuelve a las jovencitas en un aura natural: debería estar prohibido llevar oro y diamantes antes de los sesenta años.

–Debo de parecer una momia, ¿verdad? ¿O una efigie funeral?

La pequeña no conocía el significado de aquellas palabras y por eso dijo que sí: la abuela se parecía a algo desconocido.

–¿Puedo tocarte? –se atrevió a preguntar.

–Sí.

Con la palma de la mano, Trémière acarició aquella combinación de abuela y joyas. El contraste entre la tibieza de los encajes y la frialdad de las piedras la maravilló.

–Eres tan hermosa, abuela... ¿Pero cómo consigues dormir con todo esto puesto?

–Hace falta tener un sueño inmóvil. Es cuestión de acostumbrarse. Ahora ya no puedo dormir sin mis joyas. Son como un revitalizante. ¿No le contarás nada a tu madre, verdad?

La niña se lo prometió, encantada de compartir un secreto así.

En la escuela, a veces, otros alumnos hablaban de sus abuelas. Un día, Maïté declaró que la suya se quitaba la dentadura al acostarse. La clase se echó a reír. En su rincón, Trémière pensó que hacía bien en no vengarse de aquel ser malvado: la realidad ya se encargaba de hacerlo por ella.

A los quince años, Déodat encontró la manera de ser todavía más feo. Creció prodigiosamente, y eso proporcionó a su monstruosidad más campo para extenderse. Se cubrió de acné. Su espalda se abovedó de un modo tan exagerado que su madre tuvo que llevarlo a un médico, que le diagnosticó cifosis.

–Su hijo se está quedando jorobado.

–Pero hoy ya no hay jorobados.

–No los hay porque se curan. Solo que, jovencito, tendrás que llevar un corsé durante años. Así podremos anular esa deformación.

–Prefiero tenerla –intervino Déodat.

–No te preocupes por el corsé, te acostumbrarás enseguida.

–Esa no es la cuestión. Al parecer, la naturaleza ha decidido regalarme todos sus horrores. Su proyecto me fascina, no quisiera contrariarla.

El doctor se quedó mirando al adolescente con perplejidad antes de proseguir:

–Prefiero no hacer comentarios. Jovencito, ser jorobado es una enfermedad abominablemente dolorosa. Con los años puede llegar a impedirte respirar y resultar mortal. Así que llevarás el corsé.

Déodat, que odiaba el sufrimiento, dejó de quejarse. El primer día el corsé le resultó como una prisión: lo mantenía tan erguido que resultaba agotador. El lado bueno del asunto era que una molestia tan absoluta le impedía preocuparse por la hilaridad de la clase:

–¿Qué, Deso, no te bastaba con ser el más feo de la clase? ¿También tienes que ser el más ridículo?

Dos chicos lo agarraron por la cintura mientras un tercero le levantó la camiseta para mirar:

–¿A qué estás jugando, tío? ¿Es una camisa de fuerza?

–Efectivamente –respondió Déodat con sobriedad.

–¿Por qué llevas esto?

–La policía me ha catalogado como sujeto extremadamente violento. Lo que veis es un sistema de vigilancia conectado a una célula de seguridad.

Hablando claro: si cedo al impulso de romperos la cara, los polis acudirán con la mayor rapidez posible. Quizá no la suficiente, por desgracia, para salvaros.

Ante la duda, los adolescentes intentaron no sacarlo de sus casillas. Déodat, en cambio, solo pensaba en la noche: en el momento de acostarse, cuando le permitían quitarse el corsé que le entablillaba desde la cintura hasta el cuello.

La primera vez que se lo quitó, sintió tanto alivio que gimió de placer. La noche se convirtió en su mejor amiga, en su espacio de flexibilidad y libertad. Se acostó a acostarse cada vez más temprano. Los curiosos sueños de la pubertad lo convertían en un pájaro migratorio, que volaba de verdad, con una exquisita sensación de fluidez: así fue como experimentó sus primeros orgasmos nocturnos.

Por la mañana tenía que volver a ponerse aquel yeso gigante: la idea de vivir durante años con semejante rigidez le deprimía hasta lo más profundo. Sin embargo, después de una semana, se dio cuenta de que ya no le obsesionaba tanto. En lugar de pasarse todo el día maldiciendo el corsé, se sorprendió volviendo a soñar despierto mirando a los pájaros por la ventana de la clase.

Unos días más tarde, en el aula, una bolita de papel aterrizó sobre su pupitre. Nadie se dio cuenta. La desplegó y leyó el siguiente mensaje:

Deso:

Me gustaría conocerte mejor. Quedamos a las cinco en el bar Le Rat qui fume.

Sam

Samantha era la chica más guapa del instituto. Por fuerza tenía que tratarse de una broma de mal gusto. Déodat tiró la nota y, como cada día, regresó a su casa.

A la mañana siguiente, Samantha, con los ojos enrojecidos, le estaba esperando delante del edificio escolar.

—¿Por qué no viniste ayer?

—¿Por qué iba a ir?

—Porque te lo había pedido.

—No me gusta que se burlen de mí.

—Yo no me burlo de ti.

El adolescente la miró con firmeza. No parecía que estuviera mintiendo.

–Hoy, a las cinco, en el Rat qui fume –dijo ella.

Déodat se pasó todo el día sumido en un estado de intensa perplejidad y, a las cinco, acudió al tugurio en cuestión. La chica pareció sentirse aliviada:

–Temía que no vinieras.

–¿Qué quieres de mí?

–Te lo dije en el mensaje: me gustaría conocerte mejor.

–¿Cuánto tiempo llevamos yendo a la misma clase?

–Es el cuarto año.

–¿Y a qué viene esta repentina curiosidad por mí?

–Cuando los otros cretinos se metieron contigo, me pareciste formidable.

–Lo que les dije era mentira, espero que lo sepas.

–Por supuesto. Me gusta tu corsé, parece que lleves una armadura.

–¿Y por eso quieres conocerme mejor?

–No. Es porque estoy enamorada de ti.

A Déodat se le cortó la respiración. La chica le miraba con una extrema intensidad, estaba temblando. Era obvio que no bromeaba. Él admiró su valentía.

–¿Y por qué has ido a enamorarte del chico más feo del instituto?

–No es así como yo te veo. Para mí eres el más inteligente. Todos los demás son unos críos.

–Tengo la misma edad que ellos.

–Tú no tienes nada que ver con ellos. Tú tienes clase.

–Nunca he besado a nadie.

–Yo te enseñaré.

Le enseñó. Él experimentó un placer enorme. Llegó tarde a su casa.

–Estaba preocupada –dijo Énide.

–Estaba con una chica. ¿Puede venir a casa?

–Pues claro –respondió ella.

Al día siguiente, para su asombro, Énide vio llegar a su hijo cogido de la mano de una chica encantadora que parecía muy enamorada.

–¿Queréis chocolate caliente? –les ofreció a los adolescentes.

–No –dijo Déodat–. Samantha y yo nos vamos a mi cuarto. Necesitamos intimidad.

A Énide no se le ocurrió ninguna respuesta y se sonrojó al oír que su hijo cerraba la puerta con llave. Por miedo de ser indiscreta, abandonó el apartamento en el acto y corrió a reunirse con su marido en los comedores de la Ópera. Le expuso la situación.

–¡Vaya con el chaval! –exclamó Honorat riéndose.

–¿A su edad tú eras así? –le preguntó ella.

–Igual que tú, Énide.

–No me atrevo a volver a casa.

Cuando sus padres regresaron, Déodat estaba contemplando una lámina de pájaros de la especie del tarro blanco. Honorat se puso a preparar la cena. Énide entró en la habitación de su hijo y cerró la puerta. Ruborizada, le preguntó si utilizaba preservativos.

–Sí, mamá, no te preocupes –respondió él con indulgencia.

La relación duró dos meses. Samantha tardó muy poco en volverse de lo más susceptible. Siempre había algo que le parecía mal: «Podrías prescindir de mí perfectamente», o «¿Me echas de menos? Nunca me lo dices», o «No pareces enamorado», o «Nunca me escribes poemas», o «¿Por qué ya no buscas estar conmigo?». A esta última pregunta, él respondió: «Porque siempre te estás quejando.» Ella se lo tomó mal. Lo dejó.

Déodat pensó: «Es mi primera ruptura.» Se acordó de los inicios, que le habían encantado. Sintió una punzada en el corazón.

Al día siguiente, Séraphite, una chica deliciosa, se acercó a coquetear con él. Era extraordinariamente distinta a Samantha. Dos días más tarde, el chico presentó a Séraphite a Énide y la llevó a su habitación.

–No has tardado en sustituirme –le dijo Samantha con amargura.

Déodat pensó que no era exactamente así y buscó la formulación correcta. No tuvo tiempo de encontrarla; Séraphite apareció para preguntarle por qué volvía con sus antiguos amores. Su historia no duró demasiado.

Luego llegaron Soraya, Sultana, Silvana. Todas pasaron por su habitación.

Énide reunió el valor suficiente y le comunicó a su hijo que estaba yendo por el mal camino.

–¿Qué me reprochas? –preguntó él.

–No me gusta tu papel de ligón.

–Nunca soy el que empieza ni el que termina.

–¿Y estás obligado a salir con todas?

–Ni mucho menos. Solo acepto las insinuaciones de las que me gustan.

La madre no pudo evitar echarse a reír al repetirle este comentario a Honorat, que compartió su hilaridad.

En el instituto, los chicos de la clase asistían a aquel tióvivo con perplejidad.

–¡Menuda hoja de servicios! Mis respetos, tío –le dijo Brandon.

Déodat se limitó a mirarlo mal.

–Has aprendido rápido lo que hay que hacer, no paras de cambiar de chica –añadió su admirador.

–No. Siempre son ellas las que me dejan.

–Mejor aún. Una perdida, diez encontradas.

–La pesadez es verdaderamente una característica masculina –comentó el encorsetado.

–Hay que ver, contigo no sirve de nada esforzarse. Sigues siendo igual de repelente.

–En efecto. Recuérdaselo a los de tu pandilla.

No obstante, Déodat se preguntaba por qué sus amores duraban tan poco. Aunque la situación no le hiciera sufrir, intentaba comprenderla. ¿Por qué la exaltación de las chicas enseguida se transformaba en todo lo contrario? Si hubiera sido a causa de su fealdad, lo habría entendido, pero era evidente que no era esa la razón por la que las chicas lo abandonaban.

El ciclo de las quejas se reproducía con cada una de ellas. Los motivos no dejaban de cambiar, igual que el modo de expresarlos: el chico observó que algunas chicas buscaban el motivo tras haber iniciado la queja. Eso daba lugar a unos diálogos tan lacónicos como inverosímiles:

–¿Qué ocurre?

–Lo sabes muy bien.

O:

–¿Algo va mal?

–No lo sé.

Tarde o temprano, el pretexto surgía, y de repente adquiría una importancia

capital:

–No confío en los chicos que (a elegir) nunca llaman por teléfono, llaman por teléfono a menudo, casi nunca hablan, no invitan a restaurantes, prefieren los pájaros a mi compañía, leen cuando los acaricias, etc.

Al principio, el inculminado se defendía, lo cual no hacía sino agravar su situación. Enseguida comprendió que lo mejor era quedarse callado. El resultado seguía siendo igual de malo, pero acarreaaba menos esfuerzos. Siempre le acababan diciendo:

–¡No te importa lo que siento!

No era cierto, pero se sentía impotente al tener que consolar angustias tan profundamente insondables. Si hubiera estado enamorado de verdad, quizá habría tenido la valentía de intentar lo imposible. La conciencia de su carencia le disuadía de probarlo.

Cuando lo dejaban, pensaba: «Un día me enamoraré. Y a aquella de quien me enamore, la salvaré.» Una voz subrepticia se colaba a veces en su cabeza con la siguiente reflexión, menos confesable: «¡Estaría bien conocer a una chica que no se estuviera quejando sin parar!»

Así fue como teorizó su conclusión: si la característica masculina era la vulgaridad, la característica femenina era la insatisfacción. Por supuesto, nada era tan simple, y podía darse el caso de insatisfacción entre los hombres y vulgaridad entre las mujeres. Pero no por ello dejaba de constituir una tendencia: «De no haber sido puesto a prueba por mi físico, sin duda yo mismo habría sido un chico vulgar.»

Pensándolo bien, la insatisfacción y la vulgaridad podían interpretarse como las versiones femenina y masculina de una misma fuerza: el deseo. Este constituía la base, la definición, el magma original. ¿Deseo de qué? Si solo hubiera sido deseo sexual, nada habría resultado más simple de regular. Pero incluso a los quince años, Déodat se daba cuenta de que el sexo formaba parte de un deseo mucho mayor y misterioso. No se trataba de un deseo sin objeto, se trataba de un deseo con un objeto enigmático.

La satisfacción del deseo sexual llevaba a desear otras cosas. A menudo, cuando una novia le dejaba, al chico le entraban unas ganas locas de ver este o aquel pájaro: se abalanzaba sobre su libro de ornitología o sobre sus grabados y, cuando la lámina ansiada se los ofrecía, la devoraba con avidez. El placer

que experimentaba al observar al treparriscos o al piquituerto común le proporcionaba el deseo de acercarse de verdad a ellos. «Por desgracia, si lo hiciera de verdad, ¿qué me quedaría? ¿Qué deseo puede seguir al deseo?»

Una adolescente guapa despierta todavía más odio que una niña guapa.

Las chicas de segundo del instituto des Adieux de Fointainebleau eran unas adolescentes normales: se pasaban el día riendo nerviosamente sin venir a cuento y sin saber por qué. Se observaban las unas a las otras con despiadada sagacidad. No se les escapaba nada: un grano inoportuno, un chupetón, un nuevo sujetador, una expresión de felicidad, la más mínima información suscitaba en ellas una curiosidad sin límites.

A la mitad de ellas la pubertad las había afeado; las delicadas chiquillas se habían convertido en criaturas compactas, las niñas de mejillas redondas tenían ahora rostros afilados como cuchillos, las encantadoras niñas mostraban un ceño de desprecio que las desfiguraba, incluso aquellas que habían sorteado los estragos del acné y las deformaciones corporales no se hallaban precisamente en el momento culminante de su esplendor: siempre había un detalle que acababa estropeando el conjunto.

El criterio que las impulsaba a buscar la amistad de mengano o de fulano era la popularidad respecto al sexo opuesto. Esa paradójica búsqueda no consistía tanto en frecuentar a los chicos como en frecuentar a las chicas que frecuentaban los chicos: ya se sabía a lo que llevaba que te gustara un chico; que te cayera bien una chica amada por los chicos, en cambio, conllevaba desilusiones aventuradas del más alto interés.

En realidad resulta difícil entender lo que atraía a los chicos. Las chicas que les gustaban no eran las más guapas, ni las más inteligentes, ni las más amables. Tampoco tenían por qué ser las que aceptaban acostarse con ellos. Se trataba de las que parecían «tener algo», ya sea porque lo tenían realmente o porque parecían tenerlo. En cuanto a la naturaleza de aquel «algo», hasta el siglo XVII lo habrían llamado un «no-sé-qué», así que vaya usted a saber a qué se referían.

Si había una chica que no le gustaba a ningún chico, y por consiguiente a ninguna chica, esa era Trémière. A los quince años, era con diferencia la más guapa del instituto des Adieux. Alta y delgada, su melena color de miel

actuaba como un vestido natural que le llegaba hasta los muslos. Sus grandes ojos estáticos iluminaban como si fueran focos. Su rostro de estatua explicaba su silencio.

Su lechosa y nacarada tez le valió el apodo de Trémière la Lechera. Pronto se la conoció únicamente como Lechera. A decir verdad, nadie la llamaba, sino que se dirigían a ella a gritos. Nunca hablaba, e incluso si por accidente emitía algún sonido, un discreto estornudo o una respuesta educada a un profesor, siempre había alguien que le gritaba: «¡Cierra el pico, Lechera!», lo cual provocaba grandes y unánimes carcajadas. Nunca reaccionaba ante aquellas frecuentes humillaciones, lo cual habría podido interpretarse como valentía o dignidad si no estuviera más que establecido desde la noche de los tiempos que era tonta de remate.

De su inmensa y clara mirada se comentaba que era puro vacío. Si alguien se hubiera aventurado a sumergirse en ella, habría descubierto que sus ojos eran los más contemplativos del mundo, hasta ese punto se dedicaba en cuerpo y alma a buscar la belleza visible. La acechaba por todas partes, incluso en los rostros de las chicas que la despreciaban. Y cuando detectaba el más mínimo atisbo de belleza, se quedaba escrutándola para alimentar su corazón.

Los chicos decían que era tonta y altiva, las chicas disfrutaban repitiéndolo. Como a nadie se le escapaba que era insoportablemente hermosa, solo se trataba de un argumento más para amargarle la vida. ¿Quién se creía que era? ¿Acaso pensaba que bastaba con ser hermosa para creerse con derecho a todo?

Dos meses después de empezar el curso, llegó un nuevo alumno que tuvo la suerte de caer en gracia. Tristan llevaba su nombre a las mil maravillas: pelo negro, tez pálida, labios rojos, la belleza romántica por excelencia. Se expresaba con humor y elegancia, no le faltaba ni seguridad ni aplomo. La clase de segundo lo adoptó por unanimidad.

Un día le sorprendieron conversando, o más bien monologando, con Trémière, que le escuchaba con la mirada gacha. Se lo echaron en cara:

–¡No pierdas el tiempo con esa estúpida!

–¿Qué pruebas tenéis de que lo sea?

–Las que quieras.

–La conocemos desde siempre, es tonta como una escoba.

Maité contó la historia del círculo de tiza; otro, el juego de la piscina.

–¿De cuándo estamos hablando? –preguntó Tristan.

–Teníamos seis o siete años.

–Ha llovido un poco desde entonces, ¿no? –observó el nuevo.

–¡No creas que ha cambiado! Es un caso perdido.

–¿Por qué la odiáis?

–No la odiamos.

–¿Y qué hacéis cuando odiáis a alguien?

–Solo queríamos avisarte. Si a ti no te molesta que te mire con esos ojos de vaca, allá tú.

Tristan, que era un adolescente normal, se sintió algo confundido por aquella reprobación generalizada. Pero la belleza de Trémière no dejaba de impresionarle. Reflexionó para sí: «Después de todo, nunca ha repetido curso. Aunque eso no la convierta en un genio, por lo menos demuestra que no es retrasada.»

Por consiguiente, se autorizó a buscar su presencia. Durante el recreo, se acercaba a hablar con ella. Si la chica se daba la vuelta mientras el profesor escribía en la pizarra, sorprendía a Tristan mirándola fijamente.

Trémière no había vivido nunca nada igual. Por primera vez en su vida alguien de su edad le ofrecía algo que no era desprecio. Eso la perturbó hasta lo más profundo de su ser. Si sus dudas sobre sí misma ya la convertían en una presa fácil, por lo menos conservaba la prudencia de callarse. De manera que cuando, al darle el primer beso, Tristan empezó a temblar como nunca, durante unos instantes de eternidad creyó estar sinceramente enamorado y pronunció las dos o tres palabras irreparables que resulta tentador pronunciar a los quince años cuando la belleza sale a tu encuentro.

Aquella tarde la chica regresó a su casa en estado de trance. En la mesa, no pudo probar bocado. Su abuela sonreía mientras la observaba.

–Estoy cansada, me voy a la cama –le dijo a Passerose.

–Que duermas bien, querida.

Era noviembre, llovía con desespero: Trémière abrió las ventanas y aquel cielo de suicidas le pareció grandioso. Se tumbó sobre la cama y dejó que el frío se fuera apoderando de ella: con las mejillas encendidas, volvió a revivir en bucle su primer beso, el rostro de Tristan acercándose, los párpados

escondiendo sus hermosos ojos, la exquisita extrañeza de ambas bocas convirtiéndose en una, y luego las palabras del chico, aquellas palabras increíbles, que iba absorbiendo a medida que se dejaba invadir por el vértigo que le producían.

Durante toda la noche, la adolescente dejó que la invadieran las turbulencias provocadas por aquel acontecimiento. No se hacía preguntas sobre lo que estaba viviendo, no era necesario, su cuerpo hablaba por ella. En su primer trance amoroso, no pegó ojo ni un segundo. Por la mañana, se levantó descansada.

En el espejo del cuarto de baño, se vio hermosa. Las palabras de Tristan seguían resonando dentro de su cráneo: las había inspirado la misma chica que ahora estaba viendo en el espejo. Por primera vez consiguió tomar distancia hasta el punto de imaginarse en la piel de otro que la descubriera. Se estremeció de miedo.

Salió corriendo hacia el instituto, al que Tristan ya había llegado. El azar quiso que tres chicos se le adelantaran por un minuto y se metieran con él. Escondida detrás de la puerta entreabierta de la clase, esto fue lo que escuchó:

–Venga, cuenta.

–No es asunto vuestro.

–No te hagas de rogar. Te mueres de ganas de contárnoslo.

–¿Qué queréis saber?

–¿Cómo besa la Lechera?

–Como alguien que se deja besar por primera vez.

–¿Era su primer beso?

–Sin duda.

–¿Y qué se siente al besar a una virgen?

–Es especial.

–¿Es buena?

–No demasiado.

Y sonaron unas risas estúpidas.

Detrás de la puerta, Trémière se quedó petrificada. Solo tuvo fuerzas para comprender que tenía que alejarse. La humillación sería mil veces peor si los chicos se enteraban de que les había oído.

Agarrotada por el frío y el sufrimiento, corrió hacia el patio. Se dejó caer

en un banco y empezó a tiritar.

Diez minutos más tarde, Tristan se le acercó. Ella le rechazó volviendo la cabeza y se negó a mirarlo. Él intentó abrazarla, ella se apartó con repugnancia y no respondió a ninguna de sus preguntas.

–A las mujeres no hay quien os entienda –dijo él.

Aunque le hubiera gustado hablar, el castañetear de sus dientes se lo habría impedido. Al verla tan postrada y sacudida por aquellos temblores compulsivos, Tristan decidió que había perdido la razón. «La gente cree que es estúpida pero en realidad solo es que está chiflada», pensó mientras se alejaba.

Trémière pasó el resto del día como una sonámbula. Algunos profesores se preocuparon por su castañeteo de dientes; ella murmuró un «Habré cogido frío» apenas audible, mientras se cruzaba de brazos.

Tristan no sospechó ni por un segundo que la chica le hubiera sorprendido en su miserable conversación con los tres chicos. De hecho la había olvidado; nada mejor que ser mediocre para pensar bien de uno mismo.

Desde la primera pausa, los alumnos se dieron cuenta de que el ligue ya era historia. Maïté corrió a interrogar al seductor:

–¿Has cortado con Trémière?

–Ya lo ves.

–¿Qué ha pasado? ¡Cuenta, cuenta!

–No es asunto tuyo –zanjó Tristan, dándose aires de caballero preocupado por preservar la reputación de una retrasada.

Encantada, Maïté corrió a divulgar la noticia. Produjo un gran alboroto: «¡Ayer parecía estar locamente enamorado! No hace falta preguntarse hasta qué punto es boba: ¡en menos de veinticuatro horas Tristan ya no quiere saber nada de ella!»

A una repetidora le pareció ingenioso escribir con jabón en el espejo del lavabo de las chicas: «La bella y la bestia.» Cuando Trémière fue a lavarse las manos, sus ojos barrieron el mensaje sin experimentar ninguna emoción especial. A la repetidora, al acecho, le desconcertó tanto su ausencia de reacción que aseguró tener la prueba del analfabetismo de la Lechera. A partir de entonces ya no hubo límites respecto a lo que pudiera afirmarse sobre ella.

No hace falta decir que aquel linchamiento dejó indiferente a Trémière.

Desde lo más profundo de su sufrimiento, ni siquiera lo notó. Cuando se acabaron las clases, reunió las fuerzas que le quedaban para volver a casa.

Passerose vio llegar a una zombi que enseguida se encerró en su habitación. Se reunió con ella. La adolescente estaba tumbada en su cama, como si se preparara para su papel de cadáver: párpados cerrados, rostro pálido, cuerpo rígido.

La abuela no necesitó preguntarle nada: agarró la mano de su nieta y compartió su gélido dolor. Le dijo que las penas de amor constituían la prueba iniciática absoluta, y que nadie se libraba de sufrirlas.

–Por muy intenso que sea tu dolor, te garantizo que pasará.

–Me voy a morir.

–No te morirás.

–Abuela, el frío se está apoderando de mí. Siento que me estoy muriendo.

Passerose puso su mano en la frente de la niña y le tomó la temperatura para comprobarlo: 36°. Preparó un baño con agua muy caliente y transportó aquel cuerpo ligero. La obligó a dar algunos sorbos de calvados. Luego la metió en la cama bajo una montaña de edredones.

–Tengo frío –dijo la chica con sobriedad.

Entonces la anciana jugó su última carta: se metió en la cama y tomó entre sus brazos a la adolescente congelada. No aflojó en ningún momento su abrazo ni dejó de susurrarle incansablemente al oído: «No te mueras, no te mueras.» Al cabo de una hora, Trémière empezó por fin a tiritar, y entonces la abuela supo que viviría.

Por precaución, Passerose pasó toda la noche a su lado. El amor que las unía era tan fuerte que el sueño no fue un obstáculo para su abrazo.

Al despertar, Trémière se sorprendió:

–Nunca creí que sobreviviría.

–Dios cuida a su bienquerida haciéndola dormir –dijo la abuela, que conocía los salmos.

–Entonces tú eres dios y yo soy la bienquerida –comentó la joven.

Permanecieron así largo rato, saboreando aquella felicidad, que creían tan simple, de ser dos personas que se aman.

–¿Tú no tienes que ir al instituto? –preguntó la anciana.

–Es sábado.

–Querida, me parece que te encuentras mucho mejor.

–Es como si esta noche me hubiera muerto y hubiera resucitado liberada de mi pena. Abuela, creo que eres una chamán.

–¿Te apetece desayunar en la cama?

La adolescente aplaudió. Passerose salió de la habitación y sintió una corriente de aire anormal: las ventanas de su dormitorio estaban abiertas y su cofre de joyas había desaparecido.

La anciana solo tuvo fuerzas para regresar cerca de su nieta, hundirse a su lado y susurrar: «Me han robado las joyas.»

Trémière corrió a comprobarlo. El desvalijador tenía que ser alguien conocido, no habían movido nada, solo se habían llevado el cofre. Eso significaba también que vigilaban a Passerose a todas horas, ya que aquella había sido la única noche en la que no se había puesto las joyas para dormir.

«Todo esto a causa de mis penas de amor», pensó mientras regresaba al lecho de su abuela. Esta yacía sobre la cama como una reina moribunda.

–¿Quieres que llame a la policía?

–No serviría de nada, querida. Las joyas se han perdido.

–Alguien te estaba vigilando, abuela. ¿Tienes idea de quién puede ser?

–Ninguna. Pero no hay motivos para sorprenderse. Algunas de esas joyas se contaban entre las más famosas del mundo. Interesaban a los coleccionistas. No se hable más.

La temperatura de la anciana cayó en picado. Trémière quiso salvarla igual que su abuela la había salvado a ella la noche anterior; se acostó junto a ella y la abrazó mientras le repetía: «No te mueras, no te mueras.» Pero no puedes ser chamán con quince años: tan imposible fue salvar a Passerose como pocas eran sus ganas de vivir.

–Sin mis joyas, ¿qué sentido tiene?

–¿Y yo, abuela? Te necesito.

–Tú vivirás, hija mía. Tienes la fuerza.

Trémière quiso responderle que lo que no tenía era el deseo. No tuvo tiempo: la anciana murió en ese mismo segundo. En un momento, su mirada se apagó bruscamente: sus ojos, que permanecían fijos en ella, se vaciaron de toda su luz.

Con mucha tranquilidad, la joven llamó a Rose para anunciarle la muerte de su madre. No le contó las circunstancias. Mientras se iniciaban los trámites previstos en caso de defunción, Trémière regresó cerca de Passerose, le cogió la mano y dijo:

–La última palabra que has pronunciado es fuerza. Es la palabra que mejor te define.

Sintió hasta qué punto la abuela tenía razón: a partir de aquel momento la fuerza que estaba dentro de Passerose corría por sus venas.

Su vida cambió. Se marchó a vivir con sus padres al apartamento cercano a la estación de Austerlitz. Dejó el instituto des Adieux por uno parisino. La casa de Fontainebleau se puso a la venta.

A su nuevo instituto no llegó precedida por ninguna reputación. Fue una alumna taciturna. No se le conoció ningún comportamiento particular.

Con excepción del día en el que, estudiando a Baudelaire, el profesor leyó en clase el soneto «Las joyas». Cuando pronunció: «... y yo amo con furia / las cosas en las que el sonido se funde con la luz», Trémière rompió a llorar.

Después del bachillerato, mientras todos los alumnos supuestamente inteligentes intentaban entrar en la Escuela de Estudios Superiores de Comercio o en el Politécnico, incluso en la Central, en Puentes y Caminos o en Minas de París, Déodat cursó estudios de Biología en la Sorbona y se especializó en ornitología.

Dedicó su tesis doctoral a la abubilla. Intrigados por aquel joven de una fealdad tan evidente, los profesores le apodaron Riquete el del Copete. Él se conformó con aquel apodo, del que ponderó su precisión etimológica.<sup>3</sup>

Aquel apodo le iba tanto mejor cuanto que, al igual que el personaje de Perrault, caía bien a todo el mundo, especialmente a las mujeres. Con el tiempo, dejó de aceptar sus numerosas insinuaciones y se convirtió en alguien muy inaccesible, lo cual no hizo más que reforzar su reputación.

Cuando cumplió veintitrés años, su médico decretó que en adelante podía prescindir del corsé que venía llevando desde los ocho años:

–El mal se ha estabilizado –dijo el médico mientras lo examinaba.

–Estoy curado –tradujo Déodat.

–La cifosis no se cura. Pero tu adolescencia ha terminado sin que el mal empeore. Es un éxito.

El joven no logró alegrarse de semejante constatación.

–No pongas esa cara. Podrás vivir sin corsé. ¿No te parece una buena noticia?

–Ya me veo venir una cláusula que no me gustará tanto.

–Tendrás que hacer cinco horas de fisioterapia a la semana.

–Ahí está.

–Tienes que muscularte la espalda –concluyó el médico, mientras anotaba en una receta el nombre y la dirección de un fisio.

Al salir de la consulta, Déodat sintió vértigo al caminar por la calle sin la camisa de fuerza que le mantenía erguido. Dos horas más tarde, tuvo que admitir que algo no iba bien: se sentía agotado de compensar con sus pobres

músculos la ausencia de la armadura, que ya empezaba a echar de menos. Ni siquiera sentado descansaba.

Pidió cita con el fisio. Una secretaria le respondió que la doctora Leyde le recibiría al día siguiente a las cinco de la tarde.

La doctora Leyde era una holandesa de unos treinta años, con un rostro hermoso y serio que coronaba un largo cuerpo de deportista.

Examinó la espalda de su paciente. Él se estremeció al sentir el contacto de sus grandes manos llenas de sabiduría.

Se sentó junto a él en un tatami, frente a un inmenso espejo.

–Voy a enseñarle unos ejercicios. Usted haga lo mismo que yo.

Frente al espejo gigante, Déodat ejecutó los mismos movimientos que la doctora Leyde. La comparación entre ambos cuerpos resultaba humillante para él, y se hubiera sentido avergonzado si, al mismo tiempo, no se hubiera enamorado de la imperturbable fisioterapeuta.

Tras unos cincuenta minutos de ejercicios, ella le ordenó tumbarse sobre una esterilla de cuero acolchado y le masajeó la espalda. Sintió un placer aterrador.

–Me habría gustado que no parara nunca –dijo cuando ella le indicó que se levantara y se sentara de nuevo en su despacho.

Sin pestañear, fue tomando notas en una libreta.

–No debería llamarse Leyde –dijo aún.<sup>4</sup>

–Se pronuncia Leÿde –respondió ella, como si estuviera acostumbrado a lidiar con comentarios de ese tipo.

Le programó sesiones de una hora cada día de la semana a las cinco de la tarde. Él, que había imaginado que aquello sería todo un sufrimiento, lamentó que no hubiera más citas.

–No será suficiente –dijo él.

–En efecto. Por eso usted tendrá que hacer veinte minutos de ejercicios en su casa, cada día. Los que le he enseñado al principio de la sesión.

No era esa la respuesta que esperaba. En la calle, miró la placa. Sobre la placa de metal, había grabado: «S. Leyde – fisioterapeuta».

Al día siguiente, vestido como ella con unos pantalones elásticos y una camiseta, le dijo durante el calentamiento:

–El cien por cien de las mujeres que han sido importantes para mí tenían un

nombre que empezaba por S.

Ella no reaccionó de ningún modo. Él sintió que se estaba poniendo pesado, pero prosiguió:

–Y que acababa por A.

–Mantenga los pies paralelos.

–¿Cómo se llama usted?

–Saskia.

Él se quedó atónito.

–¡Qué bonito! Nunca había oído ese nombre.

–La mujer de Rembrandt se llamaba Saskia.

Aquella información le deslumbró hasta lo más profundo. Para el que ama, descubrir que la amada lleva un nombre admirable es un espaldarazo. Uno no se fija igual si la elegida se llama Saskia que si se llama Samantha.

–Por favor, concéntrese. Recuerde que tendrá que reproducir estos ejercicios en su casa.

Le encantaba el modo suave y neutral con el que ella le daba las instrucciones. Como estaba acostumbrada a que la escucharan, nunca era autoritaria. ¿Y cómo no iba uno a querer escuchar sin cesar aquella voz grave y aquel curioso acento?

–Hay que mirar mi cuerpo y no mi rostro –añadió ella.

Déodat lo intentó. Es cierto, tenía un cuerpo esbelto y grácil, pero era sobre todo su rostro lo que le atraía. Muy morena de piel y de pelo, que llevaba corto y con flequillo, un peinado que a él no le gustaba demasiado pero que le quedaba muy bien, ojos verdes de grandes párpados, rasgos estáticos, una expresión de permanente seriedad y amabilidad, con independencia de lo que dijera.

El masaje era un momento de pura felicidad: ella le tocaba, lo manoseaba, lo amasaba y él podía hablarle con total libertad.

–¿Por qué vive usted en Francia?

–Me casé con un francés.

–¿Cuánto tiempo lleva en París?

–Ocho años.

Le daba vergüenza hacerle preguntas tan banales.

–¿Mi enfermedad es muy frecuente?

–Cada vez más rara.

–¿Durante cuánto tiempo voy a necesitar de sus servicios?

–Dos años.

–¿Solo?

–Dos años es mucho.

–No será suficiente.

–Usted hará veinte minutos de ejercicios en su casa todos los días de su vida.

La sesión prosiguió en silencio. «Dos años. Tengo dos años para conseguir que se enamore de mí», pensó él.

Nunca había tenido que conquistar el amor de una mujer. Desde los quince años siempre habían sido las chicas las que habían tomado la iniciativa. Por primera vez en su vida, la presa tenía que asumir el papel del depredador.

A Déodat no le gustaba esa depredación. Le habría gustado inspirarse en la danza de cortejo de las aves de emparrado, que creaban verdaderos parques florales en miniatura para seducir a las hembras. Se limitaba a pasar por la floristería antes de cada sesión y a comprar la flor que mejor expresaba su sentimiento del día. Saskia le daba las gracias cortésmente, ponía el regalo en un jarrón y empezaba la sesión.

–¿No le cansa ejecutar siempre los mismos ejercicios conmigo?

–Es mi trabajo. No, no me cansa.

Su humor monocorde lo desconcertaba. Los únicos momentos en los que podía hablar con ella era durante los masajes. Eso le entristecía, ya que hubiera preferido aprovechar en silencio el placer que ella le proporcionaba. Pero de algún modo tenía que lograr que se interesara por él.

–Soy ornitólogo –le anunció tras unas cuantas sesiones.

Estaba acostumbrado a que esa declaración produjera cierto efecto. Saskia se limitó a responder:

–Es un trabajo bonito.

Responder a eso no resultó fácil.

–Por lo menos usted no me pregunta para qué sirve. Es algo que me saca de quicio. Vivimos en una sociedad en la que las cosas tienen que servir para algo. Sin embargo, el verbo *servir* tiene por etimología «ser esclavo de». Y si existe un animal que encarne la idea de libertad, ese es el pájaro. En general

se cree que los ornitólogos trabajan para la protección de la especie aviar: esa es solo una parte de su trabajo. Para mí, la ornitología también consiste en sugerirle al hombre otros caminos. San Francisco de Asís, que en mi opinión es un ornitólogo, recomendaba a los hombres la despreocupación de los pájaros. El problema es que no era ningún experto, ya que en realidad la libertad de los pájaros no se basa en ninguna despreocupación. Lo que los pájaros nos enseñan es que podemos ser libres de verdad, pero que resulta difícil y angustiante. No es casual que esta especie viva en estado de alarma: la libertad es angustiante. Pero, al contrario que nosotros, los pájaros aceptan la angustia.

Dejó de hablar, esperando una reacción que no llegó. Saskia seguía masajeándolo con esmero.

–Estudiar los pájaros equivale a interesarse por una experiencia radicalmente ajena. A veces me preguntan cómo evitar el antropomorfismo, esa propensión a interpretarlo todo desde nuestro punto de vista; las tres cuartas partes del tiempo, las actitudes aviares resultan incomprensibles. El error consistiría en intentar traducirlas: es maravilloso respetar su opacidad. También eso es lo que le confiere a esta especie una nobleza tan auténtica: la inmensa mayoría de sus actos no tienen utilidad alguna.

El problema de hablar estando tumbado sobre el vientre es que no ves la expresión de tu interlocutor.

–No le interesa para nada lo que le estoy contando, ¿verdad?

–No. Resulta muy instructivo.

«Instructivo»: tuvo dificultades para soportar aquella palabra. «Instructivo» sonaba como un insulto. No dijo nada más hasta que acabó el masaje, lo cual no alteró a Saskia más que su monólogo. Todo le estaba bien: que la cortejara, que estuviera enfurruñado, que intentara deslumbrarla, que le regalara flores, que pusiera cara de desesperado; ni siquiera parecía darse cuenta de sus cambios de conducta.

En cambio, observaba su espalda con la máxima atención. Un lunes, ella le dijo:

–Este fin de semana no ha hecho los ejercicios.

–Efectivamente.

–No debe olvidarse de hacerlos. Está construyendo una musculatura de la

que depende el resto de su vida. Dos días de relajación es mucho tiempo perdido.

–Me gusta ser jorobado. Tocar la joroba de un jorobado trae buena suerte.

–Los jorobados morían prematuramente de asfixia. ¿No es eso lo que desea, verdad?

–El escritor italiano Erri de Luca sugiere que un jorobado es un hombre al que le están creciendo alas en la espalda.

–Es bonito pero falso. Le ruego que se tome en serio mis consignas.

Alentado por el tono más vehemente de la fisioterapeuta, Déodat se creyó autorizado a escribirle una carta de amor, que dejó sobre su escritorio al final de la sesión. Al día siguiente, ella lo recibió con su benevolencia habitual.

–¿Ha leído mi carta?

–Sí.

–¿Y cómo tiene previsto reaccionar?

–Como está viendo.

–¿Le da completamente igual que esté locamente enamorado de usted?

–No es eso lo que he dicho.

–¿Y qué ha dicho?

–Nada.

–Me va a empujar al suicidio.

–¡Ni se le ocurra pensarlo!

–¿Y a usted qué puede importarle?

–Es usted mi paciente.

La respuesta lo dejó pasmado. Ella parecía tan sorprendida como él por lo que acababa de decirle. Él aprovechó aquella brecha en el caparazón de la fisioterapeuta para incorporarse, abrazarla y besarla. Ella no se resistió, ni durante el beso ni durante todo lo que vino a continuación. Incluso le pareció más bien entusiasta.

–¿Aceptas esto de todos tus pacientes?

–Es la primera vez.

–¿Por qué?

–No lo sé. No me ha dado tiempo a planteármelo.

Se convirtió en una costumbre. Cinco veces por semana, al final de la sesión, en lugar del masaje, hacían el amor. Como era el último paciente del

día, eso no alteraba su agenda. No por ello podían eternizarse: Saskia quería reunirse con su marido.

–¿Lo amas?

–No es asunto tuyo.

–¿Y a mí, me amas?

–No es asunto tuyo.

–Un poco sí, ¿no?

Ella era muy hábil a la hora de esquivar preguntas sin responderlas. Déodat la miraba alejarse con prisa: «Una pinzona. Solo una pinzona es capaz de un golpe semejante. Ningún otro pájaro cometería una infidelidad así.» Observó su conducta a través del prisma de los hábitos aviares, en primer lugar porque la amaba, y en segundo porque ella escapaba a todas las reglas del adulterio humano: obviamente, Saskia no tenía mala consciencia, no se sentía desgarrada. Cuando se acostaba con ella sobre la camilla de masaje, él notaba muy bien que no sentía ni un asomo de remordimiento.

–¿Te conformas con esto? ¿No tienes ganas de conocerme mejor?

Ella se encogía de hombros. Ningún desprecio en su actitud. Se acostaba con él, eso era todo. Tampoco había que exagerar.

Él la admiraba por ello. ¡Cómo le habría gustado tener sus mismos hábitos de pinzón! Su apego humano por aquella mujer tan equilibrada que parecía inhumana le hacía sufrir. Y se odiaba a sí mismo por haberle reprochado a sus novias anteriores su eterna insatisfacción: habría llorado de alegría si Saskia hubiera manifestado un poco de lo que él había tomado por la tara femenina por excelencia, cuya versión masculina ahora le tocaba encarnar.

Sí, se sentía profundamente insatisfecho con aquella relación. Y le indignaba que a la fisioterapeuta le pareciera suficiente. Y cuando se quejaba y ella le acababa diciendo lo que él mismo había repetido mil veces en situaciones parecidas –«Quizá deberíamos dejarlo»– sufría un dolor atroz.

«Recoges lo que has sembrado», pensaba, y, lejos de consolarlo, su razonamiento se convertía en un suplicio. ¡Qué horrible era amar! «En el amor siempre hay uno que sufre y otro que se aburre», rezaba el dicho. Él había sido muchas veces el que se aburría y, ahora, descubría con espanto el papel opuesto. Echaba de menos el aburrimiento, aquella postura tan elegante y amable, tan diferente a la humillación que ahora le tocaba vivir.

–¿Te aburres conmigo?

–No, nunca.

«Normal, es un pinzón. Tengo que dejar de proyectar sobre ella sentimientos humanos.»

–¿Y te aburres de mí cuando no estás conmigo?

Los ojos del pinzón se redondearon de sorpresa, lo que constituía una respuesta tan elocuente como desesperante.

Cuántas veces había instado a sus novias anteriores a que pensaran en lo que tenían en lugar de lamentar lo que no tenían. Atrapado por su propia trampa, ahora le tocaba morder el polvo. «¡Que extraña suerte la mía! Me apasionan los pájaros desde niño y ahora que me enamoro de uno, el resultado es catastrófico.»

Además, no podía evitar perseverar en su empresa de seducción. Cuando ejecutaba con ella los ejercicios que se suponía iban a muscularle la espalda, intentaba deslumbrarla con su conversación.

Le contó su conferencia en la Liga Protectora de los Pájaros (LPP). En presencia de Allain Bougrain-Dubourg y de sus homólogos, había expuesto el contenido de su tesis sobre la abubilla. Aquel pájaro abundaba en el Egipto de los faraones, donde su extraño aspecto despertaba desconfianza. ¿Había que considerarlo el enemigo del halcón Horus? Una comisión formada por los más sabios sacerdotes se reunió para debatir tan grave cuestión y, al final, se decidió por un proyecto muy serio de exterminio de ese pájaro cuyo tocado parecía parodiar el de los soberanos de la época. Ese fue el momento que eligió una de las más famosas plagas de Egipto para campar a sus anchas. Nubes de saltamontes asolaron la mitad de los cultivos, y habrían devorado la otra mitad si una colonia de abubillas, atraída por esos deliciosos insectos, no se los hubieran zampado antes.

Desde ese momento, la opinión de los jerarcas dio un giro de ciento ochenta grados respecto a aquella especie: si, al igual que los soberanos, la abubilla llevaba la doble corona egipcia, no era para burlarse de ellos sino, al contrario, para glorificarlos. Aquel pájaro llevaba protegiendo a los faraones toda la eternidad, de allí la prosperidad del alto y bajo Egipto. ¿Había que elevarlo a rango de divinidad? No, Horus ya era el pájaro dinástico por excelencia, no había que mezclar las cosas, ni suscitar la envidia de los

halcones, que también eran necesarios. Así pues, a la abubilla se le concedió el privilegio de la segunda condecoración, la más colosal después de la deificación: se convirtió en un jeroglífico. Por supuesto, el jeroglífico con su efigie no tenía el significado de abubilla –habría sido demasiado fácil– sino, en función de los contextos de aquella lengua archicompleja, el de «protección», o el del adjetivo «glotón», o incluso un término poco amable para burlarse de los tartamudos, sin duda por alusión onomatopéyica a su grito, que se transcribía como «UPUPA».

Déodat terminaba su tesis con la siguiente conclusión desilusionada sobre los gobiernos, que no habían evolucionado desde la época de los faraones: mientras los dirigentes siguieran sin apreciar motivos concretos para salvar a un pájaro, no ocurriría nada. Ya se podían desgañitar con hermosos, nobles y ponderados discursos sobre el hecho de que no es necesario que una especie sirva para algo para merecer ser preservada, pues sería como predicar en el desierto. A los políticos había que hablarles en su idioma o no te entendían. Esa es la razón por la que la abubilla se había salvado. Las invasiones de saltamontes seguían a la orden del día y no había nada mejor para aterrorizar a los gobiernos.

–Con veinticinco años, aquí me tienes, convertido en el responsable de la sección parisina de la Liga Protectora de los Pájaros.

–¿En París hay abubillas?

–No, pero hay algunos pájaros gordos a los que se puede convencer para que donen fondos a la LPP.

Allain Bougrain-Dubourg se acostumbró a aparecer en los medios de comunicación en compañía de aquel joven cuyo físico impactaba y cuya elocuencia llamaba la atención. En poco tiempo, Déodat alcanzó una celebridad considerable. Seducía a todo el mundo, excepto a su fisio.

Sus razonamientos le avergonzaban. Ella no le debía nada. Y además se comportaba con lealtad. Nunca le había prometido nada. Honesta, le recibía con una sonrisa y le despedía sonriendo.

–He visto el retrato de Saskia Rembrandt, pero no tiene tu encanto –le dijo una noche.

–Los gustos han cambiado. Yo soy morena, alta y delgada: en aquella época habría parecido fea.

–No está claro que Rembrandt amara a su mujer.

–¿Cómo se puede asegurar que alguien ama a su mujer? ¿O lo contrario?

Déodat podría haber profundizado en ese tema. Decidió mantenerse en sus enigmáticos trece: podía interpretarlo en el sentido que le conviniera.

–¿Por qué no me operaron? Hoy en día se opera a los niños jorobados, ¿verdad?

–Tenías quince años cuando te diagnosticaron. Era demasiado tarde para operarte. Además, tu cifosis era leve. Un tratamiento moderado ha sido suficiente.

–Ocho años de corsé y ahora tú: yo no lo llamaría un tratamiento moderado. Ella se rió.

–¿Qué es peor? ¿El corsé o yo?

–Tú. El corsé podía quitármelo por la noche. A ti, en cambio, es de noche cuando más te siento.

–Si me sientes, no es tan malo.

–Te siento, y eso significa que siento cuando no estás.

–Cuando sabes que será colmada, la ausencia es buena.

–Nunca lo es.

–No te quejes tanto. No eres tan desgraciado.

Entendió que no debía insistir. Ella perfectamente podía dejar de concederle sus favores. Él ya no se conformaba con acostarse con ella. Pero dejar de acostarse con ella habría sido mil veces peor. Ni siquiera se atrevía a plantearle la terrible pregunta que lo atormentaba: ¿qué pasaría cuando acabara el tratamiento? Temía demasiado la respuesta porque la adivinaba.

Mientras tanto, disfrutaba de lo que ella le daba, con la ardiente angustia de la precariedad amorosa. Extrañamente, lo que prefería no eran los momentos en los que hacían el amor sino los instantes en los que, durante un ejercicio, ella le tocaba la espalda para inmovilizar, señalar o comprobar. Un día, para animar a su agotado paciente, le cogió la mano: a él lo atravesó una onda de placer tan violenta que disimuló por miedo a no responder con la expresión adecuada.

Cuando Saskia aprobaba un movimiento correctamente ejecutado, decía con su voz suave:

–Bien. Muy bien.

Déodat experimentaba entonces una alegría desconocida para él, una alegría infantil, la alegría de un niño que un hada observa sin repugnancia, con una mirada auténtica, indiferente a su fealdad y ajena a su reputación, y tenía conciencia de la justicia que aquella mujer le devolvía, y su corazón desbordaba de gratitud hacia ella.

Con la vana esperanza de que le contara sus fines de semana, él le hablaba de los suyos:

–Ya no participaré nunca más en esas expediciones de *birdwatching* de la LPP. Lo que me gusta, en la observación de los pájaros, es estar solo. Sentirme hacinado bajo la tienda con otros seres humanos, soportar sus comentarios sobre el herrerillo capuchino, eso no me aporta nada.

–¿Sales de París alguna vez?

–Los pájaros de París me encantan. No me importa que sean poco variados. Cuando los gorriones te gustan de verdad, los conoces personalmente. Ya no se trata de un pájaro, es a Charles, a Maxime, a Joséphine a los que observo. Me fascina su esforzado desdén por nuestra especie. Ignoran nuestros hábitos pero explotan nuestras migajas y nuestras fibras. El auténtico parisino es el pájaro, y no el típico cascarrabias callejero. ¿Quieres amar París? Olvídate de los hombres, fíjate solo en lo que vuela o da saltitos. A veces dedico todo el fin de semana a perseguir con la mirada una gorriona única que reside en el jardín del presbiterio de Notre Dame.

–Se habrá dado cuenta.

–Ni eso. Puede llegar a ser una bendición que aquel a quien observas se fije tan poco en ti.

El «puede llegar a ser» escondía un mundo de insinuaciones que no fueron desveladas.

Una tarde, mientras se vestían, Saskia lo miró durante un largo rato. En el momento de salir, le dijo que esa sería su última sesión:

–Tendrás que seguir haciendo tus veinte minutos diarios de ejercicios.

Destrozado, Déodat tuvo grandes dificultades para recuperar la voz:

–¿No te volveré a ver?

–La reeducación ha terminado.

–¡Pero yo no estoy curado! ¡No puedo vivir sin ti!

Ella suspiró, le tomó amablemente la mano y dijo:

–Si tuvieras que abandonar tus ejercicios, hay uno que no debes dejar de hacer bajo ningún concepto, el más simple: aquel en que, con las palmas sobre una pared frente a ti, te inclinas manteniendo la espalda recta. Este movimiento aparentemente tonto puede salvarte.

En la calle, le acarició la mejilla, se dio la vuelta y se marchó. Petrificado en la acera, Déodat permaneció inmóvil una eternidad.

Cuando por fin logró regresar a su casa, se vino abajo. «Ocho años de corsé, dos años de intensa fisioterapia, todo esto para mantenerme erguido, ¡y al final ni siquiera soy capaz de mantenerme en pie!»

Cogió el gran libro sobre Rembrandt que guardaba en su mesita de noche y lo hojeó en busca de un secreto que pudiera salvarlo. Por desgracia, página tras página, la belleza permanecía inexorablemente en silencio. De repente se hizo la pregunta que debería haberse hecho dos años antes: «¿Ese maldito holandés pintó pájaros alguna vez?»

No sabía si su libro era exhaustivo, pero solo localizó un representante de la especie aviar. Se trataba de un estudio de personaje para un cuadro titulado *Cabeza de oriental con pájaros del paraíso*. Y el pájaro, ante el indiferente oriental, aparecía muerto. «Esto debería haberme abierto los ojos antes», pensó mientras se echaba a llorar.

Si el título del cuadro no lo hubiera especificado, nunca habría identificado el pequeño cadáver como el de un ave del paraíso. «Un lanius, quizá», o puede que un pájaro del infierno. Por lo menos Rembrandt había pensado en pintar un pájaro. A Déodat le seguía causando perplejidad la cantidad de artistas que nunca habían representado pájaros. Que no compartieran su obsesión podía entenderlo. No obstante, el pájaro era el único animal con el que no podías evitar cruzarte cada día, solo bastaba con levantar la mirada hacia el cielo para ver alguno. No representar pájaros era una forma tan absurda de desprecio como no pintar nunca el cielo.

Él denominaba a este fenómeno la ingratitud de Lascaux. Las obras maestras de la famosa cueva muestran bestias notables, órices, bisontes, caballos; en vano buscamos los renos o los pájaros como representación de lo cotidiano, y cuando por fin uno los localiza, aparecen dibujados de un modo tan

esquemático como la menos interesante de las criaturas, el hombre. El arte tiene una tendencia natural a privilegiar lo extraordinario.

«Habría que aprender a vivir sin la pinzona», se atrevió a formularse. Lloró de nuevo. Sin hablar nunca de amor, Saskia le había aportado muchísimo más que todas las mujeres que había conocido anteriormente.

Cuando un ser humano acaba de sufrir un grave desengaño amoroso, o permanece soltero durante mucho tiempo o se casa de inmediato. Déodat cometió la estupidez de la precipitación.

Siempre había gustado a las mujeres, y su notoriedad no hacía sino empeorar las cosas. Eligió a la primera que le dijo que le quería: había esperado durante tanto tiempo esas palabras de boca de Saskia que la recién llegada se benefició de su prestigio.

El día después de la boda, Séréna cambió de lenguaje. A Déodat debería haberle divertido si no fuera que aquello comportó una modificación radical de su voz. Cuando exclamaba «Joder, mierda, ¿dónde están mis putos zapatos?», no reconocía en absoluto el aparato fonatorio de la que poco antes le había dicho: «Querido, pongo mi vida en tus manos.»

Si se hubiera tratado de un fenómeno episódico, no le habría molestado. Sin embargo, en presencia de su marido, Séréna no hablaba de ningún otro modo. Pero lo que más perturbó al esposo fue que la más mínima irrupción de un tercero bastaba para que su esposa recuperara la exquisita y distinguida voz que tanto le había seducido.

Se atrevió a abordar aquella cuestión.

—¿Qué, llevamos dos días casados y ya te estás aburriendo de mí? —gritó ella.

No tenía nada contra las engreídas, pero aborrecía a las pescaderas. Era el equivalente lingüístico de los rulos de las esposas de antaño: una vez casada, la mujer ya no dudaba en exhibirse ante su marido con la cabeza cubierta de pequeños y rosados rulos de plástico. Déodat denominaba a aquel fenómeno «el rulo verbal».

El contraste entre la lengua que utilizaba con los demás y la que se reservaba para él no era el único problema. Los rulos verbales iban acompañados de todos los síntomas de cansancio matrimonial: suspiros exasperados, miradas al cielo, fatiga perpetua. No resultaba divertido.

–Si después de tres días casados ya eres así, ¿cómo serás dentro de tres meses?

–Ya está. ¡Ya estamos otra vez!

–Divorciémonos.

La propuesta fue recibida con una andanada de insultos que reafirmaron al marido en su decisión. El abogado que recibió la demanda de divorcio miró la fecha del matrimonio y comentó:

–Récord batido.

Por fortuna, la joven pareja aún no había comprado apartamento, ni nada. Solo tuvieron que compartir extraños recuerdos.

Una hermosa mañana, Déodat sintió terribles dolores en la espalda. Mientras sufría solo ante su taza de café, recordó las últimas palabras de Saskia. Se levantó, con el brazo en ángulo recto, e hizo pivotar la pelvis de modo que mantuviera la espalda recta. Repitió el movimiento muchísimas veces. Al cabo de cinco minutos, su dolor había desaparecido.

Volvió a sentarse y, profundamente satisfecho, terminó su taza de café: liberado de la pescadera, podía permitirse pensar otra vez en la que amaba de verdad. Si había sido necesario aquel matrimonio calamitoso para no sentir amargura hacia Saskia, no había nada que lamentar.

Trémière obtuvo el bachillerato sin mención y, sin más demora, decidió ponerse a trabajar.

Una chica joven que no quiere continuar sus estudios despierta muchos sarcasmos. En el mejor de los casos, se celebra su lucidez con sonrisitas cómplices.

Rose le confió su preocupación a su marido:

–Nuestra hija mide un metro setenta. No puede ser modelo. ¿Cómo se ganará la vida?

–Parece tener un proyecto –respondió Lierre.

Estaba en lo cierto. Entre los clientes de la galería de arte de su madre figuraba un pez gordo de Trébuchet, la famosa joyería de la plaza Vendôme. Durante una fiesta de inauguración, la joven se dirigió a él en los siguientes términos:

–He estado viendo sus campañas publicitarias. Suelen utilizar a modelos de manos o de cuello. Tengo dieciocho años, nunca he mostrado mi rostro. Podría convertirse en el emblema de la joyería Trébuchet.

El hombre de negocios tenía experiencia suficiente para responderle sobre las particulares técnicas comerciales del mundo de la joyería pero renunció a hacerlo. El descaro de Trémière le gustó. No le había llegado su fama de estúpida. Además, su piel tenía un brillo particular: aquel nácar estaba pidiendo a gritos oro y plata. ¿Qué perdía por probarlo? Le dio cita.

Cuando los joyeros la cubrieron con diversas piezas, ella disimuló como pudo un estremecimiento de placer, que se extendió a las fotos que le tomaron.

–Un par de pendientes y un collar, ¡y cómo cambia una mujer! Por más que lo sepa, nunca deja de asombrarme –declaró el pez gordo.

Trémière sonrió. Sabía que todo era mucho más misterioso. Se abstuvo de comentar que en realidad llevar unas joyas fabulosas era un arte, y que ella era demasiado joven para practicarlo en su grado más sublime.

–Funciona –dijo con sobriedad el director general de Trébuchet al ver las fotos.

Los carteles de la campaña tuvieron una gran repercusión. Fue muy

celebrado que, por la sola gracia de un rostro desconocido, se pusieran de relieve obras de arte. París se preguntó: ¿quién es esta chica? ¿A quién podía pertenecer aquel rostro tan adecuado para subrayar el brillo de una piedra preciosa, aquella mirada tan extremadamente hipnótica?

Su nombre, que había sido uno de los principales defectos de la chiquilla, fascinó. Le permitió desde el principio prescindir del patronímico. El resto estuvo en consonancia: Trémière tenía el talento de la respuesta incompleta. Sabía por experiencia hasta qué punto el mundo odiaba la belleza y no deseaba más que traducirla en estupidez. En lugar de inventarse una leyenda, ocultó que la idea de aparecer hubiera sido suya. Así, el presidente de Trébuchet pudo contar a quien deseara escucharle que cuando descubrió aquel rostro «en el transcurso de una velada en la que la hermosa solitaria parecía aburrirse mucho» tuvo una revelación: sería su musa, y no habría ninguna más.

A la gente le encantaron esas declaraciones. Le encantó Trémière. Ella también les siguió el juego rechazando todas las proposiciones que recibió.

–Lleva usted las joyas como nadie –le comentaban–. ¿Qué explicación le da?

–Estoy enamorada de ellas.

No dijo nada sobre quién le había enseñado aquel amor. Era asunto suyo. Incluso Rose no sabía nada del secreto de Passerose.

–¿Estar enamorado de ellas no es excesivo? Al fin y al cabo, solo son joyas.

–Amar no es sobrevalorar. Algunas joyas no me inspiran nada. Lo que le da valor a una joya es el amor que suscita. Algunos artistas son capaces de infundirle alma al metal o a la piedra, o más bien de esculpirlos y engastarlos de modo que revelen su alma. Lo que ocurre entre una joya provista de alma y una persona que la lleva haciéndola vibrar se llama amor.

–¿Se niega a posar con ciertos adornos?

–Por supuesto. Nunca por capricho, sino porque algunos no me quedan bien porque no puedo amarlas a todos.

Trémière tenía el talento de dar los temas por zanjados cuando intuía que iban a llevarla demasiado lejos. Sin pronunciar una palabra de más, se marchaba.

Le propusieron infinidad de contratos anexos: papeles para el cine, apadrinamientos, ser modelo de ropa, ser la imagen de un perfume y, por

supuesto, llevar adornos distintos de los de Trébuchet. Tuvo la inteligencia de no dudar en rechazarlo todo. Era consciente de la fragilidad de su papel: si hasta entonces los joyeros no habían contratado a figuras públicas era porque querían subrayar el protagonismo de sus joyas. Bajo ningún concepto deseaba robarles aquel protagonismo. Precisamente, sabía cómo mantenerse en un segundo plano cuando lucía una de aquellas maravillas. Si pensaba que había nacido para ese trabajo es porque se consideraba un factor insignificante.

Solo una persona importante en su vida la había admirado: su abuela. Quería demasiado a Passerose para creer que esta se había equivocado respecto a ella. Sin embargo, no olvidaba la cantidad de personas que, con o sin razón, habían proclamado que era estúpida: por ese motivo, se mantenía prudente.

La abordaron numerosos pretendientes. No tuvo la vanidad de mandarlos a todos a freír espárragos. Vivió algunas historias más o menos interesantes y no tardó en darse cuenta de que no estar enamorada hacía que esas relaciones fueran aburridas. Los hombres a los que dejaba decían que era fría como una joya.

«Por culpa de Tristan ya no volveré a enamorarme», se repetía con indiferencia. Ya le parecía milagroso haber logrado ganarse la vida. «Mi propia madre no creía que fuera capaz de conseguirlo.»

París siempre está hambrienta de celebridades a las que hincar el diente, pero a Trémière no lograba morderla del todo. La joven no dejaba que la agarrasen, no sabían por dónde cogerla. Era poco susceptible de un modo inhabitual. Parecía no captar las indirectas, y nunca se revolvía. La verdad era que la habían insultado desde su infancia y ya ni siquiera se daba cuenta. Y la buena predisposición que manifestaba frente a las injurias la hacía parecer una gran señora.

–Esa niña tiene muchísima clase –decían las matronas, que veían en ella a la nuera perfecta.

Los hombres se sentían más intrigados que seducidos. A tanta belleza le faltaba algo, pero ¿qué? La pregunta era demasiado sutil para interesarles de verdad.

A menudo los libros que nos sentimos llamados a leer sin saber por qué suelen marcar nuestro destino. Trémière tropezó en la sección infantil de una

librería con *Riquete el del Copete* de Perrault, y supo que tenía que leerlo. Aquel cuento breve y delicioso le habría encantado si no se hubiera sentido gravemente identificada: «Esta belleza soy yo. No es tanto que sea tonta como que carece de espíritu.»

Una nota a pie de página le llamó la atención: «En la literatura satírica, *dar espíritu* significaba iniciarse en el amor físico.» Trémière releyó el cuento a la luz de aquella información. Resultaba que el odioso Riquet tenía muchas aventuras galantes mientras que la hermosa joven no tenía ninguna. «Es la verdad», pensó. «¿Desde cuándo no hay hombres en mi cama? Pero ¿acaso es culpa mía si todos me resultan aburridos? Además, si tuviera espíritu, ¿sería capaz de encontrar placer en su compañía? Pero», prosiguió, «si para ello tengo que conocer a un Riquete el del Copete, con el pretexto de que carezco de espíritu, me veré obligada a aceptar el amor de un monstruo.»

Si no hubiera hecho una lectura tan masoquista de aquel cuento, habría podido apreciar su exquisita ausencia de moral. Queda claro que Perrault siente ternura tanto por la bella como por Riquete. Desea liberarlos de una maldición absurda para darles la absurda felicidad de un amor que se merecen tanto como cualquiera.

Aun así, traumatizada por su interpretación del cuento, Trémière se puso a observar a los hombres feos con desconfianza. Contenía el aliento y les dedicaba miradas de desprecio. Algunas almas indignas se dieron cuenta de ese movimiento. Fue así como al presentador de un exitoso show televisivo se le ocurrió invitar a su plató a la musa del joyero para confrontarla a ese brillante ornitólogo de físico repulsivo. «Vamos a divertirnos», le anunció a su equipo. Para despistar, también invitó a un famoso fabricante de neumáticos y a una deportista de élite.

Trémière, que no tenía televisor, no conocía a ninguna de aquellas personalidades. Trébuchet la presionó para que aceptara participar en el programa, que tenía una audiencia considerable. La joven no le vio inconveniente, más aún teniendo en cuenta que mientras tanto le había llegado el libro de Déodat, *Un reino ignorado*. Le apasionó aquel ensayo, que sostenía que las civilizaciones más desarrolladas le habían atribuido al pájaro una importancia inmensa mientras que la nuestra lo relegaba al gallinero. Para

los egipcios, los pájaros eran divinidades, que habían inspirado la forma de cantidad de jeroglíficos. Para los griegos y los romanos, la observación de su vuelo era sagrada, ya que informaba a los hombres sobre su destino. La edad de oro de los persas tenía en *La conferencia de los pájaros* la fuente mística más sublime. La casi totalidad de los jeroglíficos, esas enigmáticas obras de arte amerindias a la vista de los dioses, representaban unos pájaros mitológicos. En el siglo XII, Francisco de Asís había tenido la genialidad de inspirarse en el gorrión para crear su orden monástica. Todas las religiones tenían en común con el chamanismo que señalaban el pájaro como intercesor entre el Cielo y la Tierra, entre la divinidad y el hombre. Que actualmente se despreciase la supervivencia de este tercio alado decía mucho respecto al poco futuro que tenía la sociedad. Y si la ornitología era el último bastión de una aspiración inteligente a la verticalidad, ¿acaso no resultaba más urgente que nunca movilizarse por ella en lugar de verla como un simpático pasatiempo para ciudadanos con prismáticos?

La joven cerró el libro preguntándose por qué le había interesado tan poco la fauna aviar a lo largo de su vida. «Y sin embargo me gustan los pájaros», pensó. En eso, reaccionaba igual que el 99,99 % de la gente. Se conocen muy pocos individuos que odien a los pájaros. Pero así como la desaparición de los pandas perturba a cualquiera, la suerte de una multitud de pájaros despierta indiferencia porque resulta muy difícil identificarse con ellos. Es casi imposible atrapar la mirada aviar, y, si se consigue, no se lee nada que se parezca a nuestros sentimientos. En eso, el pájaro es un poco como el pez del cielo. Incluso los más fervorosos defensores de la causa animal comen bacalao sin remordimientos, por la simple razón de que resulta difícil atribuirles nuestras propias emociones. Al antropomorfismo todavía le queda mucho campo por delante.

Si Trémière hubiera sido más ordinaria, habría buscado a Déodat Eider en Google y habría descubierto su rostro. «Voy a encontrarme con él en el plató, siempre estaré a tiempo», pensó.

El programa en el que tenía que participar se grababa el jueves por la tarde. Los invitados estaban convocados a las dos y media. Casi nunca les soltaban antes de las nueve. Todo eso para un talk-show que duraba como máximo una

hora y media. Acompañaban a cada invitado hasta un camerino a su nombre, en el que un suntuoso ramo de flores, una lujosa botella de champán y una bandeja de frutas parecían una promesa de felicidad. Al verse tan generosamente recibido, el famoso suspiraba de placer. Tras una hora de soledad, le enviaban a la maquilladora, que la celebridad recibía con el alivio de Edmond Dantès al descubrir al abad Faria. La aplicación de polvos duraba poco. Al poco, el invitado quedaba abandonado a su suerte de forma especialmente cruel si tenemos en cuenta que este solía creer que ya habían terminado. Y, a continuación, transcurrían horas de una duración y capacidad de generar ansiedad inimaginables.

La táctica más corriente a la que recurría el secuestrado consistía en salir de su camerino para hacer sus necesidades. Inevitablemente, alguien estaba vigilando para decirle con una sobreactuada amabilidad: «Tiene usted un lavabo en su camerino.»

En realidad, la grabación nunca empezaba antes de las seis y media. Las tres horas desperdiciadas no tenían otra función que debilitar al invitado y aumentar las posibilidades de que se viniera abajo en el plató. Un famoso al que se le cruzaban los cables en el transcurso de un falso directo era una bendición para la audiencia.

–Me parece que esta Trémière tiene un potencial histérico formidable – decretó el presentador–. Que nadie, salvo la maquilladora, entre en su camerino.

Pero no contaba con la larguísima experiencia de soledad de la joven. Cuando comprendió que su aislamiento resultaba ineluctable, recurrió a una técnica que había elaborado en el transcurso de su más tierna infancia y que, oh prodigio, no había perdido al crecer: se dedicó a mirar.

Se trataba de observar fijamente cualquier objeto, preferentemente el más anodino, hasta que este le revelaba su secreto. Para ella no existían cosas insignificantes, solo existían cosas que no habían sido observadas con el grado de profundidad necesario para hacer emerger su extrañeza.

Trémière desdeñó la bandeja de frutas o el ramo de flores –demasiado fácil– y eligió la caja de kleenex, sin marca, un paquete de cartón rectangular del que brotaba un pañuelo de papel. Fijó sus ojos en él y se concentró. Al cabo de unos diez minutos se produjo la magia: la caja se volvió translúcida y

dejó transparentar la fosforescente tela de los pañuelos, un encaje arácnido comparable a las maravillas de Brujas y de Calais. En cuanto al kleenex a medio emerger del paquete, era una gasa sedosa con un sutil pliegue digno de Bernini. Podías dejarlo crecer a través de la contemplación hasta proporcionarle la longitud de un rollo de seda y tallarlo mentalmente como un vestido de uso único, tan ligero como la desnudez.

El pronóstico del presentador no se vio confirmado: el que llevó fatal su aislamiento fue Déodat.

El día no había empezado demasiado bien. Entusiasta de la lectura, ya no le quedaba nada que leer. Había acudido a su librería habitual y había leído las primeras páginas de una quincena de libros sin engancharse. La librera se acercó para hacerle algunas recomendaciones pero no le convenció. Aquel omnívoro no encontraba nada que le gustara: ensayos, novelas, antologías de cuentos, grandes escritores, autores emergentes, todo se le caía de las manos. Desesperado, se refugió en la sección «Ornitología» con la intención de comprobar que ninguna novedad se le hubiera pasado por alto.

Había vuelto a casa con las manos vacías. Odiaba sentirse huérfano de libros, como si ninguno quisiera saber nada de él: seguía estando convencido de que eran las obras las que adoptaban a los lectores y no al revés. *Huérfono* tiene por etimología «Orfeo», lo cual le parecía absurdo, salvo en esa situación precisa de desamparo.

Por la tarde, cuando comprendió que su camerino era una cárcel en la que no recibiría visita alguna, se maldijo todavía más por no haber traído ningún libro. «¡Horas perdidas para siempre!», se irritó. Su móvil le informó de que no tenía cobertura; en cuanto al teléfono de pared, no permitía hacer llamadas al exterior. «¡Han pensado en todo!»

Déodat observó la botella de Deutz dispuesta en una cubitera con hielo. Al lado, una copa parecía burlarse de él: «¿Quién podría querer beber un champán como este en soledad?» Como experimento, salió –casi sorprendido de que no hubieran cerrado su puerta con llave– y se tropezó con un tipo que debía de ser su guardián. Sin más, le preguntó si quería beber champán con él. Impávido, su carcelero respondió que lo tenía prohibido.

Furioso, regresó a su celda. «¡Un ornitólogo encerrado en su jaula, deberías haberlo pensado!» Cuando temblaba de cólera sabía que el único modo de calmarse consistía en observar un pájaro. Sin embargo, su habitáculo no tenía ventana. Corrió a avisar al guardián de que necesitaba un camerino con ventana.

–Ningún camerino tiene ventanas –respondió el guardián sin pestañear.

Déodat se hundió en el sofá. «Intentan que me venga abajo y lo están consiguiendo», pensó. En las situaciones de crisis, se metamorfoseaba en estornino y daba golpes con la cabeza contra todas las paredes de la habitación como si alguien estuviera tocando el tam-tam a su lado. Prefiriendo la rebelión a la locura, salió de su camerino y corrió por los pasillos a la búsqueda de una ventana, perseguido por su escolta, que no dejaba de llamarle al orden. Por fin, llegó hasta un ventanal y se abismó en la contemplación del cielo.

–Señor, le ruego que regrese a su camerino.

–¡Déjeme en paz!

Acabó por localizar un vencejo que, a mucha altura, revoloteaba en el cielo. Ningún espectáculo le exigía tanta entrega como ese: a base de mirarlo, Déodat se convertía en el pájaro en pleno vuelo. Se dejó llevar y planeó el tiempo que le hizo falta. Cuando sintió que la crisis había pasado, abandonó el cuerpo del vencejo y corrió hacia su camerino. Al ver que su guardián le pisaba los talones, lo despistó y entró en una celda idéntica a la suya.

La irrupción de un personaje que cerró la puerta al entrar arrancó a Trémière de su contemplación meditativa. Si sus percepciones no hubieran estado aguzadas por el ejercicio al que llevaba más de una hora entregándose, sin duda habría sentido repugnancia a la vista de Déodat. Sin embargo, lo primero que sintió fue que aquella criatura acababa de estar planeando por el cielo.

–No sabía que los pavos reales podían volar –dijo ella.

La voz de Nausicaa cuando recogió a Ulises en la orilla no fue más dulce que esa.

Déodat, que no entendía nada de lo que estaba ocurriendo, no dejó escapar la ocasión:

–Los pavos reales son pájaros extraños –dijo—. La rueda, por ejemplo. Es

su numerito de seducción y su desfile de guerra. Hasta aquí, nada sorprendente. En la especie humana también es habitual que la baza de seducción coincida con el dispositivo de defensa. Pero incluso en ausencia de una hembra, de rival o de amenaza, se puede sorprender al pavo real exhibiendo su abanico sin que pueda explicarse cuál es la razón.

–¿Quizá por el simple placer de su propia belleza?

–¿Sin ningún espejo que le devuelva la imagen?

–A veces es precisamente la ausencia de reflejo lo que nos permite sentirnos hermosos.

Déodat supo que hablaba por experiencia.

–¿Cómo ha sabido que yo era un pavo real?

–Al entrar, lo primero que he visto es que era un pájaro: acaba de surcar los aires, no puedo decirle mucho más. Y luego he notado su propensión al exceso. Perdone que le hable con franqueza: es como si le diera mucha importancia a desplegar toda la fealdad del mundo. Le pone tanto ímpetu como el pavo real cuando despliega sus plumas. ¿Es usted ornitólogo?

Se presentaron el uno al otro. Como nadie se lo impedía, se sirvieron champán y se lo tomaron por turnos. Aquel filtro les confirmó que estaban irremediablemente enamorados.

–Debo prevenirle de que carezco de espíritu.

–No es eso lo que dicen las palabras con las que me ha recibido. Por lo que a mí respecta, me parece superfluo recordarle mi triste rostro.

–Su voz es bonita. Para usted, hacer la rueda consiste en hablar.

–¿Ha leído *Riquete el del Copete*?

–No siga, por favor. Me siento desnuda.

–No es el único cuento de Perrault que me recuerda a usted. ¿Cuál era el título de ese en el que una joven, por haberle dado agua a una pobre anciana, ve como cada una de sus palabras se convierte en una piedra preciosa?

Intercambiaron cumplidos hasta que la botella de champán estuvo vacía.

–¿Quiere que vaya a buscar la otra botella a mi camerino? –preguntó Déodat.

–¿Qué hora es? –fue la singular respuesta de Trémière, cuyo enamorado comprendió de inmediato el alcance del asunto.

–Las cinco. Tiene usted razón, nos están tomando el pelo. Vayámonos.

Se marcharon sin despedirse. La gente de la televisión intentó disuadirles; recurrieron al argumento que les pareció más terrible:

–Si se marchan, nunca más les invitaremos a este programa.

Trémière y Déodat se echaron a reír y pusieron pies en polvorosa hasta el primer taxi que encontraron.

Resolvieron la cuadratura del círculo: al éxtasis hipnótico de los comienzos amorosos se le añadía la tranquila certeza de su eternidad. Este amor se ahorró cualquier juramento, candado verbal de la gente de poca fe.

Como no podía ser de otro modo, el escándalo fue mayúsculo. Furioso por aquel desistimiento imperdonable, el presentador «jugó la carta de la transparencia» contando su versión de los hechos: firmes en su flechazo, la modelo y el ornitólogo habían demostrado que carecían de la más elemental educación y habían salido corriendo sin una palabra de disculpa ni una explicación, incapaces de reprimir por más tiempo sus ardores.

El programa causó una conmoción enorme. La prensa sensacionalista se lo apropió. Los enamorados no se enteraron. El día que se conocieron, le habían pedido al taxista que les llevara hasta la primera estación (fue la de Montparnasse), donde subieron al primer tren, con destino Nantes. Trémière había oído hablar, en aquella ciudad, de una capilla gótica en desuso que había sido reconvertida en un hotel con encanto. Cogieron una habitación cuya ventana era una vidriera y se amaron bajo las bóvedas ojivales. Tuvieron los teléfonos móviles apagados durante una semana. Cada noche salían a pasear y cenar por la ciudad. Unos periodistas del periódico *Ouest-France* los localizaron y, emocionados por el hecho de que la pareja hubiera elegido Nantes como teatro de sus inicios amorosos, mantuvieron el secreto de su estancia allí.

Una semana más tarde, encendieron sus móviles al unísono: sus respectivos buzones de voz rebosaban de insultos. Conservaron cuidadosamente los más injuriosos del presentador y se los hicieron oír a sus colaboradores, que cambiaron de actitud de inmediato. El jefe de prensa de la joyería Trébuchet sabía que ella nunca más colaboraría con ese programa e hizo circular una grabación con las groserías del presentador: la opinión pública se volvió en su contra y a los enamorados los felicitaron por su defección.

De regreso en París, compraron un gran apartamento en el tercer piso de un viejo inmueble de la calle des Tournelles. Nadie entendió aquella elección: la mansión había sido suntuosa pero era vetusta, y la luz apenas penetraba en aquel callejón. Habían tenido un flechazo con ese hogar romántico, situado no demasiado lejos de la plaza des Vosges.

Incluso los paparazzis estaban conmocionados por los comentarios vulgares del presentador del programa de televisión. Gracias a ello, los dejaron en paz. Cuando los jóvenes salían a pasear juntos transmitían una imagen del amor tan convincente que inspiraba respeto. Ya no se les veía en las portadas de la prensa sensacionalista sino en la página quince de la revista *30 millions d'amis*, con títulos tontos y enternecedores del tipo: «El ornitólogo encontró a la pajarita de sus sueños.»

Por supuesto, los investigaron a fondo. En una entrevista, Trémière confesó sin ambages que era ella la que llevaba el pan a casa. No fueron pocos los que se sorprendieron. «Ser modelo está mejor pagado que ser ornitólogo», dijo la joven encogiéndose de hombros. Déodat se ganó la adhesión general al declarar:

—Mi físico me predisponía a ser un mantenido.

Trémière, que ya no veía la fealdad del joven desde que le amaba, no entendió que su comentario iba en broma.

Los cuentos gozan de un curioso estatus en el ámbito de la literatura: se benefician de una estima desmesurada. La ambigüedad del cuento radica en que con el pretexto de ir dirigido a los niños, también habla –y puede que en primera instancia– de los adultos. Cuando Cocteau rueda *La Bella y la Bestia* es consciente de que su público estará formado más por adultos que por niños.

*Riquete el del Copete* pertenece al género del cuento. En Francia, la mayoría de los cuentos acaban bien. Y a nadie le ofende que obedezcan a la regla infantil del final feliz, considerada como una falta de buen gusto por el 99,99 % de las literaturas dignas de ese nombre.

El abecé de la literatura es evidentemente el amor. Hay motivos para suponer que se trata de un tema irresistible. Los grandes escritores del mundo que no le han dedicado ni una línea al amor pueden contarse con los dedos de una mano.

Sin embargo, si existe una regla casi absoluta que rige las obras maestras de la literatura amorosa es que tienen que acabar fatal. De no ser así, se consideran novelas menores. Es como si, para hacerse perdonar el hecho de haber abordado algunas verdades de perogrullo literarias, el gran escritor incluyera un final trágico como acto de contrición.

*La felicidad en el crimen* de Barbey d'Aurevilly es una grandiosa excepción. Ampliemos el espectro incluyendo otras obras maestras cuyo único tema no es el amor: *Guerra y paz* y *El paraíso de las damas* son raros ejemplos de obras literarias en las que el amor acaba bien.

Por muy devoradora de libros que sea, es evidente que no he leído todas las obras maestras literarias del mundo, pero en 2015 sí viví una experiencia edificante: me leí, entera, *La Comedia humana* de Balzac. Ciento cuarenta y siete obras de extensión y valor muy desiguales, de acuerdo, pero a las que nadie, espero, negará que, en su totalidad, constituyen una obra maestra. He ahí una empresa literaria que tuvo la ambición de crear un universo absoluto.

De esas ciento cuarenta y siete obras, hay treinta y cinco en las que el amor tiene una presencia irrelevante. Así pues, quedan ciento doce en las que el amor desempeña un papel narrativo importante, incluso preponderante. De

esas ciento doce historias, siete acaban bien, incluso muy bien. La precisión me obliga a señalar que tres de esas ciento doce obras están inacabadas: no se pueden hacer conjeturas respecto a su final. Y que un pequeño sobresalto final de consolación, como el éxito amoroso y profesional de los hijos de César Birotteau, no me basta para opinar que la novela que lleva su nombre tiene un desenlace feliz.

¿Y el amor? Sobre este tema, Balzac se muestra a un tiempo encantadoramente ingenuo y extraordinariamente informado. Quiero subrayar que su erudición es la de un ser provisto de un apetito amoroso fuera de lo común (la ingenuidad explica el apetito y viceversa) y de una experiencia impresionante. Un glotón experimentado, en suma. Tengo tendencia a creer en el testimonio de las personas así.

Así que el 6 % de las historias de amor escritas por Balzac acaban bien. No es mucho, pero tampoco es una proporción despreciable. Es como si Balzac quisiera decirnos que, en esta sangrienta y peligrosa guerra que es el amor, a veces también se puede conocer la victoria. Ursule Mirouët, pese a mil complicaciones, acaba contrayendo matrimonio con el vizconde de Portenduère; su boda es un gran éxito. La princesa de Cadignan, tras una vida perversa, conoce el colmo de la felicidad amorosa con el personaje con el que más se identificaba Balzac.

Si Déodat y Trémière hubieran sido personajes de Balzac, se habrían comprado un hermoso carruaje y, al caer la tarde, habrían deambulado por los Campos Elíseos ante la admiración de la mejor sociedad. El jueves por la noche, habrían recibido a sus amigos en su mansión del *faubourg* SaintGermain, y todos habrían elogiado los encantadores vestidos y adornos de la dueña del lugar.

Instalados en un hogar menos vistoso, Déodat y Trémière conocieron la inquietante felicidad de Damocles, conscientes de la permanencia del peligro y tanto más extáticos por ello.

Todo el mundo les invitaba. Eran, sin saberlo, la nueva pareja de moda, y no daban crédito al trato exquisito que se les dispensaba por doquier.

En realidad, lejos de sentirse cómplices, Déodat y Trémière comulgaban gracias a la inquietante extrañeza que tan a menudo experimentaban hacia el

otro. Cuantas veces, al encontrarse, pensaban, cada uno por separado, «Es él», o «Es ella», con un asombro próximo al terror: «¿Quién es ese personaje tan singular que a partir de ahora ocupa el centro del mundo?» Y entonces el elegido le llevaba una copa de champán a la elegida y, fascinados, la tomaban juntos.

En su fuero interno, daban gracias a las decepciones amorosas que habían vivido: sin aquellos reveses quizá habrían acabado dando por sentado que su excepcionalidad era lo habitual, que resultaba normal descubrir cada noche o cada mañana una alegría tan intensa.

No se lo contaron todo, pero no por vana coquetería, sino porque eran conscientes de tener cada uno una parte indecible. Además, nunca recurrieron a esos cargantes pronunciamientos («No te lo cuento todo, querido») que tanto deslumbraban a los tarugos del amor. Así, Déodat nunca le habló de Saskia, y Trémière siempre guardó el secreto sobre las joyas de su abuela.

El tiempo pasó y no aplacó para nada lo absoluto de su turbación. No se casaron. Para él, ella nunca tuvo la voz irritante de una esposa, y él le ahorró para siempre los comentarios burlones de los maridos.

De haber estado a punto de ser jorobado, conservaba los hombros un poco encorvados; y a ella le gustaba ese porte que invitaba a la caricia. En cuanto a él, mariposeaba a su alrededor para admirarla bajo todos los ángulos posibles y citaba a Barbey d'Aurevilly: «El perfil es el escollo de la belleza o su más brillante certificación.»

En primavera, una pareja de currucas mirlonas anidó en el castaño situado junto a su ventana. Déodat no le comunicó ese acontecimiento a su jurisdicción, prefirió guardarse el milagro para sí mismo. En su memoria de ornitólogo, era la primera vez que se veía unos pájaros tan raros en el tercer distrito de París.

*Título de la edición original:*  
Riquet à la houppe

Edición en formato digital: marzo de 2018

© de la traducción, Sergi Pàmies, 2018

© Éditions Albin Michel, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2018  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3921-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[anagrama@anagrama-ed.es](mailto:anagrama@anagrama-ed.es)  
[www.anagrama-ed.es](http://www.anagrama-ed.es)

<sup>1</sup> En francés, *lierre* significa «hiedra», *rose*, «rosa», y *rose trémière*, «malvarrosa». (N. del T.)

2 «El buen pico es de París» corresponde al poema de François Villon «Balada de las mujeres de París». (N. del T.)

3 Referencia intraducible al parecido fonético entre *houppe*, que significa «copete», y *hupe*, que significa «abubilla». *Riquete el del Copete* es un cuento popular, cuya versión más célebre es la de Charles Perrault, que data de 1697. (N. del T.)

4 En francés, Leyde se pronuncia igual que *laide*, que significa «fea»; juego de palabras intraducible.  
(N. del T.)